
HARLEQUIN
Bianca
LA VOZ DEL AMOR
MARTHA SHIELDS



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La voz del amor, n.º 5477 - enero 2017
Título original: Born To Be A Dad
Publicada originalmente por Silhouette® Books.e

I.S.B.N.: 978-84-687-8810-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Rick McNeal pisó el freno y giró bruscamente a la izquierda, para evitar chocarse con el chico que circulaba en bicicleta en sentido contrario. El chico pasó rozando el Jeep, que derrapó en el asfalto hasta detenerse.

Rick cerró los ojos, aliviado. Gracias a Dios, lo había evitado a tiempo.

Tenía las manos agarradas al volante, entumecidas por un largo día de trabajo en Data Enterprises. Las soltó y respiró profundamente. Aquella calle no era la más concurrida de Memphis, pero aun así…

De repente, todo dio vueltas a su alrededor, cuando un coche golpeó la parte trasera del Jeep, haciendo que invadiese el carril contrario. Medio aturdido por la sacudida, Rick pudo ver a una mujer aterrorizada al volante.

Entonces se oyó el chirrido de otros neumáticos, y un gigantesco Cadillac negro chocó violentamente contra el coche, lanzándolo contra el Jeep. El impacto frontal hizo que saltaran los airbags del salpicadero, por lo que Rick perdió el control del volante. El Jeep se desplazó girando un poco más y finalmente se detuvo.

Lo primero que pensó Rick fue en dar gracias al cielo por haber salido ileso.

Lo segundo fue el chico de la bici. ¿Habría escapado al accidente?

Cuando recuperó la orientación, vio por el espejo retrovisor cómo el chico pedaleaba frenéticamente colina abajo, y cómo miraba aterrorizado por encima del hombro.

Cuando apartó la vista del espejo, vio al conductor del Cadillac salir del vehículo e inspeccionar los daños. Tenía el capó abollado y el parachoques torcido. Pero el primer coche que lo había golpeado, un modelo pequeño y antiguo, no había tenido tanta suerte.

A través de la nube de polvo que dejó el airbag, lo vio volcado sobre un costado. Había perdido un faro y el otro colgaba de un

cable, todavía encendido, e iluminaba una espesa melena rubia tras el parabrisas.

La escena le resultaba horriblemente familiar.

Un accidente hace tres años, que se llevó a su mujer y al hijo que esperaban…

–¡No! –aquello no podía estar pasando de nuevo.

Intentó abrir la puerta, pero era imposible con la carrocería deformada. Se giró para empujar con las piernas, y vio que aún seguía atado con el cinturón de seguridad. Eso le había salvado la vida; una vida que no merecía ser salvada en los últimos tres años.

Finalmente consiguió abrir la puerta y se dirigió tambaleante al amasijo de metal que en nada se parecía a un coche. El suelo estaba lleno de cristales y de piezas irreconocibles, y, al acercarse, oyó música rock. La radio era lo único que todavía funcionaba.

Entonces oyó algo más siniestro. El llanto de un niño que llamaba a su madre.

Rick no sabía qué hacer. ¿Debería intentar sacarlos de allí, o esperar la ayuda?

–He llamado a una ambulancia –gritó una voz a sus espaldas–. ¿Se encuentra bien?

Rick se volvió y vio al conductor del Cadillac aproximándose. También habían aparecido muchos vecinos de aquel barrio de clase alta de Memphis.

–Estoy bien –respondió impacientemente Rick–. Pero no sé si deberíamos…

–¡Cuidado! –gritó una mujer cuando un coche deportivo apareció por la colina a toda velocidad. El joven al volante frenó de golpe y giró, lo justo para evitar chocarse con el Cadillac, pero colisionó de lleno con el otro coche y lo desplazó otros diez metros.

El pequeño automóvil se balanceó peligrosamente, pero acabó aterrizando sobre las cuatro ruedas que, por fortuna, aún seguían hinchadas.

El conductor del Cadillac había empujado a Rick a tiempo, y los dos corrieron hacia el coche.

–Tenemos que sacarlos de ahí –dijo Rick.

–¿Qué pasa si esos otros están heridos? –preguntó el conductor

señalando al deportivo.

–¿Qué pasaría si esto ocurre de nuevo? –replicó Rick–. Pueden matarlos ahí dentro.

«Si es que no lo están ya», pensó.

–A muchas personas las demandan por haber provocado más daño con su ayuda –dijo el conductor dando un paso atrás.

–Entonces no me ayude –a Rick no le importaba la ley ni nada que pudiera ocurrirle. Si su vida sirviera para ayudar a los heridos del coche, la daría sin pensarlo.

El hombre le tiró de la manga.

–No puede…

–¡Eh, amigo! –gritó el joven saliendo del deportivo. Estaba sangrando por la frente–. No les vi hasta que los tuve encima.

–Vaya a ayudarlo –le dijo Rick al conductor del Cadillac, que obedeció en seguida.

El llanto era más fuerte.

Rick miró a través de la luna trasera, y vio a un crío llorando. Estaba atado a una silla especial para niños. Afortunadamente, su madre era una mujer precavida. Además, el asiento estaba cubierto con bolsas de plástico, cargadas de ropa, que amortiguaron el golpe.

Rick abrió la puerta y tiró varias bolsas al asfalto. El niño lo miró con sus ojos azules llenos de pánico y le tendió los brazos. No paraba de llorar.

–Tranquilo, hijo. No pasa nada. Todo va a salir bien.

–¡Mami! –gritó el chico–. ¡Saca a mi madre!

–¿Cómo te llamas, hijo? –preguntó Rick.

–Jo… –un sollozo le quebró la voz–. Jo… –sorbió otra vez–. Joey.

–Eres un chico valiente, Joey. Estoy orgulloso de ti –dijo Rick, y miró a una mujer de mediana edad que esperaba en el bordillo, quien se acercó presurosa a ayudar.

–Joey, ¿vas a ser valiente otra vez y vas a dejar que esta señora te cuide mientras ayudo a tu madre? No va a llevarte lejos, ¿de acuerdo?

–S… sí –balbuceó el niño, y se soltó de Rick para que lo sostuviese la mujer.

–¿Puede pedir mantas? –le preguntó Rick a la mujer. No quería que Joey viera a su madre, por si acaso…

La mujer asintió y se alejó con el chico.

Al otro lado del cristal, Rick vio a una mujer joven y esbelta desplomada en el asiento. Tenía el pelo manchado de sangre, pero los mechones eran tan largos que no dejaban ver las heridas. Parecía estar inconsciente o quizá…

No, tenía que estar viva. Por el bien de Joey. Y por el suyo propio. Si otra joven mujer había muerto por culpa suya, ya no merecería la pena seguir viviendo.

La necesidad de ayuda lo devolvió al presente. El tirador de la puerta se había desprendido, por lo que tuvo que colarse por la puerta trasera y alargar el brazo para abrir por dentro. Pero no conseguía alcanzar el abridor. Entonces oyó que la mujer gemía.

–¿Puede oírme? –preguntó Rick, que se había quedado helado–. ¿Se encuentra bien?

–Yo… –gimió de nuevo. Estaba viva, gracias a Dios.

Rick vio una manta de niño en la silla de Joey. Se envolvió la mano con ella y golpeó fuertemente el cristal de la puerta desde el interior. En ese momento otro coche apareció, pero consiguió frenar a tiempo.

–Pongan algún aviso para los coches –les gritó Rick a los hombres que miraban. Uno de ellos asintió y se alejó con otros. Luego, dio la vuelta, hasta la puerta del conductor, y deslizó el brazo por el hueco del cristal para abrir–. No se mueva –le dijo a la mujer que intentaba quitarse débilmente el cinturón–, la sacaré de aquí.

–Por… por favor –murmuró ella dejando caer la mano.

–Tranquila, señora. Estoy aquí para ayudarla –cuando le apartó suavemente el pelo de la cara, se encogió al ver el corte que tenía en la sien izquierda.

Entonces ella abrió el ojo derecho y lo miró intensamente.

–Joe… mi hijo… por favor.

–Joey está bien –dijo Rick, dispuesto a salvarla. Aquella muestra de amor hacia su hijo, así como el ruido de otros neumáticos que frenaban, apremiaron su resolución–. Ya lo he sacado del coche, pero ahora tenemos que sacarla a usted. ¿Se encuentra herida?

Pero ella debió de perder el conocimiento, porque no respondió.

Rick dudó. ¿Debería moverla?

–Aquí tiene un par de mantas –dijo un hombre que se acercaba–.

¿Cómo está?

El ruido de otro frenazo acabó por convencerlo. Había que sacarla del coche.

–Está inconsciente –le dijo al hombre–. Pero tenemos que sacarla antes de que vengan más coches.

–¿Necesita ayuda?

Aliviado, Rick agarró las mantas.

La oscuridad la llamaba, y Kate deseaba perderse en ella, lejos, muy lejos del dolor…

Pero no podía.

Joey solo la tenía a ella. Era demasiado pequeño e indefenso, y no podía abandonarlo.

Eran extraños en una ciudad extraña que iba a ser su nuevo hogar. Pero no quería pedir ayuda a nadie. No lo hacía desde que fue lo bastante mayor para cuidar de sí misma.

El ruido de sirenas y de gritos hizo que la oscuridad fuera aún más sugerente, pero por encima del tumulto, o quizá por debajo, oía una voz profunda y suave.

Se concentró en ella hasta que el dolor la devolvió a la conciencia.

–Por favor, aguante –dijo la Voz–. La ambulancia está en camino. Joey está bien…

Ella gruñó.

–¿Señora? ¿Puede oírme? ¿Cómo se llama?

El dolor podía con ella, pero tenía que aferrarse a algo que la alejara de la oscuridad.

–K… Kate.

–Kate –dijo la Voz con aprobación–. Kate. ¿qué más?

Necesitaba esa voz; era lo único que mantenía la esperanza de que su hijo estuviera bien.

Respiró profundamente, pero esa vez no permitió que el dolor la venciera.

–Burnett.

–Kate Burnett. Lo está haciendo muy bien. ¿Tengo que avisar a alguien más? Veo que lleva matricula de Madison County. ¿Hay alguien allí que deba saberlo?

Ella intentó negar con la cabeza, pero le costaba mucho esfuerzo. Se mojó los labios.

–No… no. Solo… Joe.

–¿Y el padre de Joe?

–No hay… padre. Se fue –respondió, y escuchó una maldición lejana.

–Aguante, Kate. La ambulancia está al llegar.

–No –levantó el brazo derecho y apoyó la mano sobre una pierna musculosa. Odiaba lo que iba a hacer, pero a los dieciocho años había jurado que nunca más volvería a pedir ayuda a nadie. Pero el orgullo no importaba en esos momentos. Solo importaba Joey.

Tenía que sacarlo de aquel estado. Sabía demasiado bien cómo se hacían cargo de los niños, y, desde el día en que nació, prometió que siempre estaría a su lado.

–Joey.

–Joey está bien –dijo la Voz, al tiempo que una mano sostenía las suyas–. No está herido.

–Joey –repitió ella. Consiguió abrir los ojos, pero solo veía con el derecho. El hombre que estaba arrodillado a su lado era misteriosamente atractivo. Tenía la mandíbula apretada y unas arrugas de preocupación le bordeaban los ojos marrones.

–No deje… que nadie… se lleve… a Joey…por favor.

–Tranquila, Kate –dijo él apretándole la mano–. Cuidaré yo mismo de Joey. El tiempo que haga falta. Es lo menos que puedo hacer después de…

–Señor –dijo otra voz–, si se aparta, podremos subirla a…

El hombre de la Voz asintió a alguien más y volvió a mirarla.

–Llevaré a Joey al hospital en cuanto haya hablado con la policía. No se preocupe. Estará a salvo conmigo.

–Yo… por favor… –intentó mantener agarrada la mano, pero no tenía fuerzas.

Entonces la Voz desapareció.

Los servicios de urgencia empezaron con los primeros auxilios, causándole un terrible dolor. La oscuridad volvió a tenderle los brazos y ella se dejó llevar, perseguida por un sentimiento de culpa. Había dejado a su hijo en manos de un extraño.

Le mandó un ruego silencioso al hombre de la Voz para que

cuidara de Joey, y, de algún modo, supo que aquel hombre lo haría.

Rick observaba a Kate tras el cristal de la puerta. Estaba tendida en una camilla, en la Unidad de Cuidados Intensivos del Baptist Hospital. Multitud de cables y tubos la mantenían conectada a diversas máquinas que rodeaban su cuerpo inmóvil.

Tenía el brazo izquierdo entablillado, con una triple fractura, y la pierna izquierda escayolada en alto. Un vendaje le cubría la mitad del rostro. Le habían rapado el lado izquierdo de la cabeza, para cerrarle la herida con dieciocho puntos, pero el médico decía que, aunque el cráneo tuviera alguna fisura, el cerebro no había sido dañado.

Pensó en Stacy, su mujer, quien había muerto en una cama similar tres años antes. Aunque las dos mujeres no se parecían en nada, Stacy tenía el cabello y los ojos negros como el carbón, había sido él quien las llevó al hospital.

«Culpa mía, culpa mía, culpa mía…»

Llevaba ocho horas escuchando el reproche. Más aun, llevaba tres años repitiéndose lo mismo; desde que la enfermera desconectó el aparato que mantenía viva a su esposa.

«Culpa mía…»

Todo el mundo: la policía, su madre, sus suegros… le habían asegurado que el accidente de Stacy no fue culpa suya, pero Kate sí estaba allí por culpa suya. Si no hubiera trabajado tan duro en la empresa de software, sus reflejos habrían visto al chico de la bici un segundo antes, y todo eso se habría evitado.

Pero no fue así. Durante los últimos tres años había estado trabajando doce, e incluso dieciocho horas al día, para intentar olvidarse de los gritos de su esposa. Era una macabra ironía: trabajar hasta la locura para mantenerse cuerdo y no sucumbir a las pesadillas…

Pero los algoritmos y los gigabytes habían provocado que otra mujer, Kate Burnett, estuviera inconsciente en el hospital.

Parecía una muñeca de porcelana, extremadamente frágil, sin vida…

¡No! Otra vez no. No podía ver cómo otra mujer moría por culpa suya.

Se había ofrecido a pagar lo que hiciera falta, pero los médicos no podían asegurarle que sobreviviera. Las heridas en la cabeza eran imprevisibles y tal vez…

«Culpa mía, culpa mía, culpa mía».

Rick se sentía impotente, pero, al menos, podía cuidar de Joey. El chico se había agarrado a él mientras la policía lo interrogaba y pensaron que se trataba de su hijo. Afortunadamente, no tuvo que mentir, pero no permitiría que nadie se lo llevara.

Joey dormía en la sala de espera, vigilado por una enfermera. Mientras estuvo despierto, le contó a Rick muchas cosas: la mudanza desde Jackson, Tennessee, hasta Memphis, el nuevo colegio al que iría, los planes para su quinto cumpleaños en junio. Rick le había comprado galletas y zumo, y el chico acabó durmiéndose contra su pecho.

Era curioso cómo los niños podían dormir, a pesar de todo.

–Lo siento –murmuró apoyándose en el cristal–. No quería hacerte daño…

«Lo sé».

La dulce voz femenina lo sobresaltó. Miró a Kate. Era su voz, sin ninguna duda. No, era la fatiga, su cansado cerebro le jugaba malas pasadas…

«Cuida de Joey. Por favor».

Sacudió la cabeza, disgustado. ¿Era aquello telepatía con una mujer en coma? A ese paso, lo siguiente que creería era que los ordenadores se enamoraban entre ellos.

Una mano se apoyó en su brazo, asustándolo.

–No puede hacer nada aquí –le dijo amablemente una enfermera–. Váyase con su hijo a casa y descanse. Haremos todo lo posible por cuidar a su señora.

–Gracias. Lo haré –en ningún momento se había molestado en decirle al personal del hospital que Kate y él no estaban casados ni comprometidos.

La enfermera sonrió y se marchó.

–Ponte bien, preciosa Kate –dijo volviéndose hacia el cristal–. Y no te preocupes por Joey. Hasta que despiertes, lo cuidaré como si fuera mi propio hijo.

«Lo sé».

La miró detenidamente. Quería creer que se estaba comunicando

con él, y que lo perdonaba. Pero ella permanecía inconsciente.

Movió la cabeza y volvió a la sala de espera. Al levantar a Joey del sillón, el chico se abrazó a su cuello. Tenía la boca abierta, babeando sobre la camisa de Rick.

Pobre chico, pensó Rick poniéndole una mano en la espalda, su primera noche en una ciudad nueva, y sin su madre al lado.

–Vamos, chico –le susurró, dándole suaves palmaditas–. Los dos necesitamos una buena cama y una noche de descanso.

Capítulo 2

El olor a beicon y a café se coló en los sueños de Rick, haciéndolo despertar con una sonrisa. Debía de ser domingo, el único día en que no trabajaba y en que podía dormir.

Cuando su madre estaba en la ciudad, le preparaba un enorme desayuno, y luego iban a la igle…

Se levantó de golpe.

Eran más de las diez, y aunque Rick no había acostado a Joey en el cuarto de invitados hasta el amanecer, el chico había dormido bastante en el hospital, por lo que tendría que haberse despertado ya.

Se puso unos pantalones caqui y bajó velozmente las escaleras, pero se quedó paralizado en la puerta al ver una escena familiar.

Alice McNeal, con un vestido rojo de seda y un delantal, estaba frente al horno explicándole a Joey cuándo había que darle la vuelta a las tortitas. Joey la escuchaba fascinado desde la encimera.

Alice parecía una abuela encantadora, tal y como Rick hubiera esperado que se comportara con el hijo que perdió. Aturdido por la intromisión del recuerdo, pasó la mano por el quicio.

–¡Rick! –exclamó Joey volviéndose hacia él. El rostro le brillaba de alegría–. ¿Sabes qué? ¡La señora Alice hace unas tortas con la forma de Mickey Mouse!

Alice se giró. Ni siquiera las gafas que se ponía cuando cocinaba podían ocultar la tristeza de sus ojos, por mucho sarcasmo con el que saludara a Rick.

–Vaya, si es Rip Van Winkle…

–Rip Van Winkle durmió cien años –dijo Joey con una risita–, y cuando despertó tenía una barba muy larga. Rick no tiene barba –lo miró de cerca y corrigió–. Bueno, no mucha.

–Joey sabe mucho –dijo Alice palmeándole la espalda–. Mucho más de lo que sabías tú a su edad.

Rick se apartó de la puerta y se dirigió hacia la cafetera.

–¿Por qué no me has despertado?

–Porque pensé que ya estarías levantado y que estarías preparando el café. No esperaba encontrar que lo había hecho un chico de cuatro años en vez de un hombre de treinta y tres.

–¿Joey ha hecho el café? –preguntó Rick.

–Cuando entré, ya lo tenía preparado –asintió su madre.

–Solo tienes cuatro años. ¿Cuándo has aprendido a hacer café?

–No sé –respondió Joey encogiéndose de hombros–. Lo hago siempre para mamá.

–Pero no lo bebes, ¿verdad?

–He tomado leche –dijo el chico señalando un vaso con marcas blancas. Realmente, sabía cuidar de sí mismo. Su madre lo estaba educando muy bien.

Alice terminó de servir las tortitas y se acercó a su hijo.

–Cielos, Rick, ¿has visto lo que se parece este niño a ti? Podría pasar por hijo tuyo. Solo tiene un año más que Jeremy, si hubiera vivido… –el comentario fue peor que una puñalada.

–¿Quién es Jeremy? –preguntó Joey.

–Un niño que murió antes de nacer.

–Oh –se acercó a ellos, pero aquellas palabras lo habían impresionado–. ¿Huh?

–¿Quieres sirope con las tortitas, Joey? –preguntó Alice a tiempo.

–Sí, señora.

Rick aprovechó la pregunta para apartarse y sacar la leche del frigorífico. Jeremy era el nombre que Stacy y él habían elegido para su hijo. Stacy tuvo un aborto dos días antes de morir, y los médicos pensaron que Rick querría saber que iba a ser niño. Pero se equivocaron. Hubiera sido mucho mejor no saber el sexo, y así no ponerle un rostro…

Y en esos momentos, veía la cara de su hijo allí, en la cocina, en Joey.

Apartó la ridícula idea de su cabeza. Joey era hijo de Kate Burnett, no suyo.

–¿Te ha contado Joey por qué está aquí? –le preguntó a Alice.

–Me ha contado algo de un accidente, con sirenas y policías. Parece algo grave.

–Lo fue –dijo Rick sintiéndose otra vez culpable–. Y fue por culpa mía.

Su madre conocía bien ese remordimiento, que lo atosigaba desde hacía tres años.

–No, Rick –negó con la cabeza–. No es culpa tuya.

Rick intentó describirle el accidente de la forma más suave que pudo, pero Joey añadió sus propios comentarios, haciéndole sentir aún peor.

–Mami no me hablaba –terminó diciendo Joey en voz baja.

–Oh, queridos míos –gimió Alice tomando un brazo de cada uno–. No puedo creerlo. Pero no es culpa tuya, Rick –insistió–. Fue culpa del chico de la bici. ¿Qué le pasó a él?

–Vi por el espejo retrovisor cómo escapaba. Nadie supo quién era.

Su madre le besó la mejilla y luego la de Joey.

–No te preocupes. Todo va a salir bien –no quedó claro si se lo decía a Joey o a Rick.

–Seguro que mami se va a poner bien –dijo Joey rotundamente.

Rick estaba impresionado del optimismo del chico. Verdaderamente, su hijo estaba bien educado.

Otra vez. Su mente freudiana lo estaba confundiendo otra vez.

No era su hijo. Era hijo de Kate Burnett, y se llamaba Joey Burnett, no Jeremy McNeal.

Kate flotaba en un mar de oscuridad, en el umbral de la conciencia. Algo la llamaba, pero no podía alejarse de las sombras. Cada vez que lo intentaba, sentía en el cerebro la punzada de miles de aguijones helados que la hacían retroceder.

De vez en cuando oía voces sobre ella. No podía reconocerlas, y no quería concentrarse en entenderlas, pero parecían preocupadas.

Después llegó de nuevo el silencio, y Kate intentó llegar otra vez a la conciencia, pero no se atrevió a cruzar los límites. ¿Cuánto duraría esa ansiedad? Hasta que la Voz apareciera…

–¿Kate?

Se concentró inmediatamente en ese profundo sonido, el que había estado esperando.

–Quizá no puedas oírme, Kate, pero puede que, de algún modo, entiendas lo que te digo.

Sintió presión en su mano. Calor donde antes solo había frío…

–Joey está bien. No me hubieran permitido pasar con un niño de cuatro años, y no querrías que te viera en este estado, pero he grabado su voz en una cinta. Aquí está…

–¿Mami? –un silencio–. ¿Por qué no me contesta?

–Esto no es un teléfono, Joey –dijo la Voz–. No puede responderte, pero sí oírte.

De repente, Kate supo por qué había estado tan ansiosa. Joey, su hijo, la necesitaba.

–Hola, mami. Estoy aquí con Alice y Rick. ¿Sabes qué? ¡Rick tiene una piscina! Hace mucho frío para bañarse ahora, pero me ha dicho que puedo venir en verano. Tú también puedes venir, pero no es muy grande. Alice dice que es de la com…com…

–De la comunidad –interrumpió una voz femenina–. También se bañan otros chicos.

–Eso –siguió diciendo Joey–. Y Alice dice que va a cuidar de mí. ¡Hace tortitas con la cara de Mickey Mouse! Yo la ayudo y luego me las como. Y Rick dice que me a llevar al hospital cuando te despiertes.

–¿Quieres decirle algo más? –preguntó la Voz.

–Te quiero, mami. Despiértate pronto, ¿vale?

Sonó un clic y la voz de Joey se apagó.

–Vamos a cuidar de él, Kate –era la Voz otra vez, pero más cercana–. Mi madre, Alice McNeal, está encantada con él. Dice que le servirá de práctica hasta que tenga su propio nieto. Aunque no sé cuándo será eso, ya que soy su único hijo y yo… –dejó la frase sin terminar–. Bueno, pensé que te ayudaría saber que Joey está en buenas manos. Y de verdad lo está. Mi madre lo cuidará mejor que nadie. Después de todo, me crió a mí –soltó una risa nerviosa–. Será mejor que me vaya. Solo me han permitido unos minutos. Mañana volveré y me quedaré más tiempo –la presión sobre la mano aumentó–. Tienes que ponerte bien, Kate. Joey te necesita. Y yo también necesito que te recuperes. No te imaginas cuánto.

Y con esas últimas palabras la Voz desapareció. Y con ella la inquietud de Kate.

Sabía que ya no tendría que cruzar el umbral del dolor hasta que tuviera las fuerzas suficientes. La Voz cuidaba de Joey. Y eso era lo único que importaba.

Cuando, aquella noche, Rick entró en la Unidad de Cuidados Intensivos, se detuvo en la sala de enfermeras.

–Buenas noches, señor McNeal –lo saludó una bonita mujer pelirroja.

–Hola, Diane –señaló con la cabeza la habitación de Kate–. ¿Algún cambio?

–Bueno… –dijo la enfermera mirando la habitación–. Parece que, desde que la visitó esta tarde, está mucho más relajada.

–¿Desde mi visita? ¿En serio? ¿Eso significa que va a recuperarse?

–No puedo decirle más de lo que ya le dijo el doctor. Las heridas en la cabeza son impredecibles. Su descanso puede significar que ha entrado en un coma más profundo, o que alguna molestia del subconsciente ha remitido. En cualquier caso, habrá que esperar.

–De acuerdo –dijo él mirando el reloj de pared–. ¿Puedo quedarme toda la hora de visita?

–Por supuesto –sonrió Diane–. A menos que empiece a inquietarse otra vez.

–Entendido. Muchas gracias –dijo, y se alejó por el suelo enmoquetado.

Kate Burnett seguía inmóvil bajo las sábanas. La mitad visible del rostro parecía estar esculpida en mármol. No se percibía ni el más ligero cambio.

Se acercó a ella y le cubrió la mano con la suya, con cuidado de no tocar los tubos.

–Vas a ponerte bien, y no te irás de nuestro lado, ¿verdad, Kate?

Esperó en silencio a que sonara la voz que escuchó la noche anterior. Pero nada.

Frunció el ceño. Había sido obra de su imaginación. Movió la cabeza y suspiró.

–Ha sido un largo… Jesús, ni siquiera han pasado veinticuatro horas –observó el rostro cubierto de magulladuras–. ¿Quién eres, Kate Burnett? He oído que todo sucede por alguna razón. Si es así, ¿por qué te he hecho esto? ¿Cómo es posible que hayas acabado aquí?

Con el dedo índice le acarició la nariz, la mejilla y la curva de la mandíbula.

–Eres tan joven y bonita. Y una madre fabulosa, además. Tu hijo es muy inteligente. Parece tener siete u ocho años en vez de cuatro. ¿Qué le hiciste? ¿Le leías una enciclopedia en la cuna? Siempre está preguntando cosas y riendo. Es un crío extraordinario –se acercó un poco más, sin pensarlo–. Soy yo quien debería estar en esta cama, no tú. Tú lo tienes todo…

Se le quebró la voz. Él tenía a su madre y su trabajo, pero no una familia propia.

–¿Para eso has aparecido en mi vida? ¿Para recordarme que me mato en el trabajo, y que por eso casi te mato a ti? –se calló unos segundos y apartó los recuerdos–. Lo siento. El accidente fue culpa mía, aunque todo el mundo diga lo contrario –se echó hacia atrás y miró a otro lado–. Me siento como un idiota, como si me estuviera hablando a mí mismo. No sé si debería seguir viniendo. He oído que hay personas en coma que reciben la visita de sus seres queridos. Estos les hablan como si estuvieran conscientes. Entonces, un día despiertan y recuerdan todo lo que les han estado diciendo.

Se pasó una mano por la barbilla.

–Pero me temo que la palabra clave es «queridos». Tú ni siquiera me conoces, aunque yo a ti sí, por lo que me cuenta Joey –le tomó la mano–. Kate, si puedes oírme, quiero que sepas que Joey está muy bien. Lo traeré en cuanto me dejen hacerlo. Y hablando de Joey, me dijo que te diera un beso de su parte. Y aquí lo tienes –se inclinó y le besó la fría mejilla.

Y se puso a contarle cosas de Joey, de cómo lo habían llevado al parque, y al McDonalds. Estuvo hablando hasta que Diane entró y le dijo que la hora de visita había acabado.

Sorprendido por lo rápido que había pasado el tiempo, Rick miró a Kate una vez más.

–Tengo que irme –suspiró–. No sé si haré bien o mal viniendo a verte, de modo que, hasta que lo sepa, seguiré viniendo. Hasta mañana, Kate Burnett.

«Mañana».

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo y miró por encima del hombro. No quería marcharse. Quería seguir hablando con ella, preguntarle qué talla usaba Joey y cuál era su color favorito para así comprarle ropa, ya que no se había cambiado desde el accidente.

Quería oír su voz de nuevo. Quería saberlo todo sobre aquella mujer tan extraordinaria.

–¿Señor McNeal? La hora de visita ha acabado.

–Ya me voy, Diane –dijo Rick frunciendo el ceño.

¿Qué le estaba sucediendo? No se había interesado por nadie desde que Stacy murió, y mucho menos por una mujer…

Pero no, no tenía interés en ella por ser mujer; ese interés murió con Stacy. Si se preocupaba tanto por ella, era a causa de Joey.

Satisfecho con esa explicación, abrió la puerta y salió.

–¡Al fin apareces! –exclamó su secretaria al verlo entrar en Data Enterprises, la empresa de software que había fundado diez años atrás.

–¿Pasa algo malo?

–¿Qué si pasa algo malo? –preguntó Judy–. ¿No apareces hasta las diez y preguntas que si pasa algo malo?

–¿Es Rick? –preguntó Chester Bradon, su socio, saliendo de su despacho, seguido de otros cuatro programadores–. ¿Dónde diablos te has metido?

–¿Se ha colapsado la Red?

–Claro que no.

–¿Ha entrado algún virus en la base de datos?

–Siempre están entrando virus –replicó Chester–. Pero los detectamos y nos deshacemos de ellos, como siempre hacemos. No es ese el problema.

–Entonces, ¿cuál es? –preguntó Rick cerrando la puerta.

–Que siempre llegas a la oficina horas antes que todos nosotros. Y cuando llegamos, te encontramos con el café hecho y el trabajo del día listo.

Rick miró a sus empleados, quienes lo miraban a él con preocupación y disgusto.

–Todos tenéis llaves –les dijo.

–Sí, pero no las hemos usado desde… –la voz de Chester se apagó–. Bueno, en tres años. Charlotte es la única que aún guarda las suyas, y ha tenido que hurgar en su bolso más de diez minutos para encontrarlas.

–¿Acaso el jefe no tiene derecho a llegar tarde de vez en

cuando?

–Podías haber dejado un e-mail o algo –dijo Judy.

–Cierto, debería haberlo hecho –no había tenido tiempo de hacerlo ni de pensarlo siquiera–. El caso es que, durante una temporada, llegaré tarde todos los días. Puede que durante unas cuantas semanas. También me ausentaré un par de horas al mediodía, y saldré a las cinco.

Todos se quedaron mirándolo como si fuera el dragón de algún videojuego.

–¿Por qué? –espetó Ahmed.

Rick esbozó una pequeña sonrisa. El trato social no era precisamente la mayor característica de los cerebros informáticos. Pero, como acabarían enterándose de todo, les informó brevemente de lo ocurrido.

–Oh, Dios mío –suspiró Judy–. Es casi lo mismo que le pasó a …

La cara de Rick se endureció. Todos conocían bien esa expresión.

–¿No tenéis trabajo que hacer?

Kate vagaba a la deriva por un vacío indoloro. Solo tenía como referencia la oscuridad y la Voz. Al principio, la Voz había sido tan solo un intervalo entre las sombras, pero poco a poco, el dulce sonido se fue tornando en palabras, y las palabras en significados. Y lo primero que entendió fue Joey. A partir de entonces, se concentró en escuchar.

–Vuelve de donde estés, Kate –le decía la Voz– . Joey te necesita, y yo también…

Ella quería complacer a la Voz y hacer lo que le pedía, pero la oscuridad la retenía con fuertes lazos, impidiéndole cruzar el umbral donde comenzaba el dolor.

Sin embargo, sabía que la Voz cuidaría de su hijo hasta que ella reuniera las fuerzas para afrontar el dolor. No sabía por qué tenía esa certeza, pero la tenía y eso bastaba.

Lentamente, los intervalos de oscuridad fueron cada vez más cortos, y llegó a percibir otros movimientos a su alrededor: máquinas y voces que no merecía la pena escuchar.

Solo quería escuchar a la Voz.

De pronto, durante una de las visitas, se dio cuenta de lo que la

Voz ocultaba. Bajo sus palabras podía distinguir miedo y angustia, mezclados con remordimiento.

No quería que la Voz sufriera, pero para eso tendría que enfrentarse al dolor. Intentó reunir el valor para cruzar los límites, pero entonces la Voz le dijo:

–Hasta mañana.

Siempre le decía eso antes de desaparecer. O también «te veré esta noche».

Pero ella quería que la Voz supiera que lo estaba intentando. Y, con toda la fuerza de su ser, se concentró en formar las palabras «hasta mañana».

Rick dio un respingo y miró a la mujer.

¿Había sido Kate quien emitió ese gemido? ¿Qué significaba?

Volvió junto a ella y esperó durante varios minutos, pero no escuchó nada más. Suspiró decepcionado y se giró.

Nada. No significaba nada, salvo que se estaba volviendo loco. Kate llevaba dos semanas en coma, y él seguía imaginando que podía comunicarse con ella.

Se dirigió a la salida pensando en algo que no podía decepcionarlo: Joey. Cada día dejaba al chico en casa de Alice antes de ir al hospital. Por la tarde, tras visitar a Kate de nuevo, lo recogía y se iban a casa. A veces cenaban con Alice, otras iban al centro comercial o al cine, y otras tomaban sopa caliente en casa. Pero, hicieran lo que hicieran, las horas que pasaban juntos eran fabulosas.

Kate Burnett tenía que despertar… antes de que él se acostumbrara a una felicidad que no había experimentado durante mucho, mucho tiempo.

La primera vez que Kate cruzó el umbral fue en mitad de la noche. A su alrededor solo oía el suave murmullo de los aparatos y el eco de voces lejanas.

La oscuridad no la retenía, y, finalmente, encontró el valor para intentarlo.

Con una profunda respiración mental, salió a la superficie.

Los aguijones helados le apuñalaron la sien izquierda. Lo que parecían ser aparatos en funcionamiento, eran los pitidos y silbidos estridentes que sonaban en su oído. Le dolían todos los músculos, y la respiración la abrasaba.

Rápidamente, volvió a cruzar el umbral. ¿Merecía la pena sentir todo ese dolor?

La respuesta fue inmediata. Joey la necesitaba. La Voz también la necesitaba.

Con calma y cuidado, volvió a la superficie. Si sabía la cantidad de dolor que podía soportar, sería capaz de permanecer consciente varios minutos.

Respiró hondo y evaluó su estado.

No podía moverse, pero sí contraer los brazos, las piernas y los dedos. Tenía el brazo y la pierna izquierdas vendados, pero podía sentirlos.

Cuando se acostumbró al dolor, se percató de que solo le dolían los músculos del costado derecho. Y la respiración quemaba porque tenía tubos en la nariz y en la boca.

No era normal, pero al menos sentía cada parte de su cuerpo. Satisfecha con el resultado, Kate volvió a la oscuridad para la última tregua, antes de enfrentarse a la vez con las agujas de hielo y con la Voz.

Capítulo 3

La Voz llegaba. Era el momento.

Una parte de Kate se resistía a abandonar la acogedora oscuridad, pero era mucho más fuerte el deseo de conocer a la Voz, y darle las gracias por todo lo que había hecho.

Más allá del umbral, oyó unos pasos que se acercaban.

–Buenos días, Kate. Joey te manda este beso.

Sintió una presión cálida en la mejilla. No creía estar tan cerca de la realidad.

–¿Cómo te sientes hoy? –Kate creyó notar expectación en la Voz–. Te he traído flores. Sé que no puedes verlas ni tocarlas, pero a lo mejor puedes olerlas, así que las pondré… –oyó un suspiro–. Aquí, en la cabecera de la cama. Son media docena de rosas rosadas.

Era su flor favorita.

–He leído que su perfume puede estimularte todos tus sentidos. Y he querido traerlas rosadas en vez de rojas porque, por alguna razón, me pareces una mujer de ese color.

El deseo de ver las flores era tan fuerte que Kate empezó a traspasar el umbral. En seguida sintió los primeros dolores, pero la tentación podía más. No había flores en la oscuridad. Mientras tanto, la Voz, ajena a su esfuerzo, le contaba algo sobre una excursión al zoo. Kate se concentró en el creciente sonido y, poco a poco, el dolor fue disminuyendo.

–… y también había leones, guepardos, panteras. Y, por supuesto, también estaba el tigre, el mayor de los felinos, que además es la mascota de la Universidad de Memphis. Seguro que has oído hablar de ella…

Kate intentó esbozar una sonrisa, pero tenía un tubo de plástico introducido por la garganta.

¿Le habría estado hablando así todo el tiempo, de cualquier cosa y sin conocerla? Sí, algo en ella le decía que así era. Pero, ¿por qué?

No importaba la razón. Era un hombre paciente, dulce… Y sus

palabras la animaban a despertar. Sabía que…

De nuevo esa palabra. ¿Cómo podía saber que era dulce si acababa de despertar? De repente, cayó sobre ella el peso de la conciencia.

No podía conocer a ese hombre, ni saber nada de él. No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente, pero sí que lo había estado. Inconsciente y nada más.

Pero sabía muchas cosas. Sabía que aquel hombre la visitaba todos los días, que había estado en el accidente, que él y su madre, que se llamaba Alice, cuidaban de Joey…

No sabía su nombre, ni por qué lo hacía. Tenía que verlo, comunicarse con él.

La noche anterior había recuperado la conciencia durante un momento, pero no llegó a abrir los ojos. De modo que hizo un enorme esfuerzo y empezó a levantar los párpados. Parecían pesar una tonelada, pero consiguió despegarlos levemente.

La primera impresión que tuvo de la Voz fue su grandeza. Anchos hombros y pecho musculoso que se adivinaba bajo una camisa azul deportiva. Movía las manos mientras hablaba de unos orangutanes. Manos grandes y de largos dedos. Sus facciones eran fuertes y su mandíbula cuadrada, tenía los pómulos marcados, unos bonitos labios que no dejaban de moverse y el pelo negro y corto.

No se sorprendió de su gran tamaño, pero sí de su atractivo, y de lo mucho que se parecía a Joey. ¿Dónde lo había visto antes…? Sí, en el accidente. Pero, ¿quién era? ¿Y por qué estaba allí?

Intentó preguntárselo, pero el tubo le impedía abrir la boca. Sin embargo, el débil sonido que pudo emitir llamó la atención de la Voz. Se inclinó hacia ella, mostrándole la oscuridad aterciopelada de sus ojos marrones.

–¿Kate? Has abierto los ojos. Estás despierta. Estás bien, ¿verdad? ¡Dime algo!

Ella quiso quejarse, pero solo pudo emitir otro murmullo estertóreo.

–¡Ayuda! –gritó él corriendo hacia la puerta–. ¡Diane, venga en seguida! ¡Se ha despertado! –volvió hacia ella y le agarró la mano–. ¡Gracias a Dios! Gracias a ti por despertar.

Un segundo más tarde apareció una mujer pelirroja a su lado.

–¿Señora Burnett? Por favor, si me está escuchando, asienta con

la cabeza.

Kate movió la barbilla casi imperceptiblemente. La enfermera se inclinó y le levantó los párpados. El resplandor la hirió como los cuchillos de hielo, haciéndole emitir otro resuello.

–¿Puede quitarle el tubo? –preguntó la Voz–. Así no puede hablar.

–Necesito la autorización del doctor Lowry –dijo la enfermera–. Lo llamaré. Querrá ver a la Bella Durmiente recién despertada. El Príncipe debe haberla besado –añadió sonriendo.

El rubor de la Voz fue tan inesperado y simpático, que Kate quiso sonreír.

–Bueno, yo… sí… quiero decir, no… –balbuceó él, aclarándose la garganta–. Siempre le doy un beso al llegar, pero son de parte de Joey.

–Ya, ya… –dijo la enfermera sonriendo más aún y yéndose hacia la puerta.

–Pero hasta hoy no se ha despertado –le gritó él cuando ya se marchaba. Luego se volvió hacia Kate–. Joey quería que te diera un beso cada día. No pienses que me he aprovechado.

Era encantador, parecía un niño al que hubieran pillado besando a una chica. Kate parpadeó, para decirle que lo comprendía.

Él se quedó mirándola pensativo unos instantes, y arqueó una ceja.

–Podríamos usar el viejo método de una vez para decir «sí», dos veces para decir «no», pero creo que no hará falta, así que podremos hablar de la reputación que me he ganado aquí.

La enfermera volvió al poco rato.

–El doctor Lowry llegará en unos minutos, lo que significa que usted tendrá que salir.

–¿Salir? –la Voz parecía ofendida–. ¿Ahora que se ha despertado? ¡Quiero hablar con ella!

–Ya hemos hablado de esto. A veces nos vemos obligados a hacer cosas indecorosas a los pacientes, y preferimos que ningún familiar esté presente –señaló la puerta–. Salga.

Kate parpadeó otra vez, inconscientemente. «¿Familiar?»

–De acuerdo, pero me quedaré en la sala de espera. Avíseme en cuanto sepan algo.

–Podemos tardar bastante rato. Será mejor que vaya a comer

algo. Lo necesita.

–Me quedaré en la sala de espera –repitió él alzando el mentón.

Cuando salió, la enfermera echó las cortinas, meneando la cabeza.

–¿Cómo puedes aguantar a este cabezota? No para de acosarnos a preguntas sobre tu estado, no hay día en que no venga a verte, y siempre tenemos que acabar echándolo.

Kate sabía que la Voz la visitaba, pero no con tanta frecuencia ni durante tanto tiempo.

La enfermera examinó las aparatos que rodeaban la cama, y siguió hablando.

–Cuando viene, te habla todo el rato; sobre todo de tu hijo, Joey. Lo vi cuando te trajeron. Es la viva imagen de su padre, ¿verdad? Tan adorable, durmiéndose en su regazo…

«¿La viva imagen de su padre?» Kate cerró los ojos. ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

–Todo parece en orden –continuó diciendo Diane–. El doctor llegará en seguida. La verdad es que es un hombre encantador, tu marido, me refiero, no el doctor Lowry. ¿O es tu ex marido? ¿O quizá tu novio?

Kate abrió los ojos como platos, pero volvió a entornarlos rápidamente.

–Tengo que decirte que las enfermeras nos preguntamos por qué tiene un apellido diferente al tuyo –dijo Diane sonriendo–. Él solo dice que es una larga historia. De cualquier forma, tienes suerte de estar con un hombre que se preocupa tanto por ti.

Kate siguió con los ojos cerrados, mientras el doctor le sacaba los tubos. Estaba demasiado cansada para encontrarle sentido a todo ese absurdo.

Quizá debería dejarse llevar por la oscuridad, porque estaba claro que había despertado en un universo paralelo. Quizá la próxima vez despertara en el auténtico.

Rick la observaba desde la puerta. Le habían quitado el grueso tubo de la boca, y respiraba suavemente. Parecía estar dormida, y eso lo había asegurado Diane, pero tenía que convencerse de que no había entrado otra vez en coma.

¿Era posible que se sintiera atraído por Kate? Solo la había visto inconsciente, salvo los primeros minutos que siguieron al siniestro, cuando estaba demasiado preocupado por salvarla para fijarse en otra cosa.

Además, nunca podría olvidar a Stacy. Su mujer. Su primer y único amor.

Si iba a ver a Kate tan a menudo era porque parecía muy frágil y vulnerable. Lo necesitaba, igual que Joey. Y él los cuidaría hasta que fuera el momento de dejarlos marchar.

Y entonces, tal vez, el vacío que dejó Stacy se hubiera llenado. Y quisiera volver a vivir.

Kate no estaba acostumbrada al sueño, y cuando sintió una presencia que necesitaba su ayuda, su alarma maternal saltó.

No era Joey quien estaba a su lado, sino la Voz. Tenía la mirada perdida, preocupada…

Kate no conocía a ese hombre, pero quería ayudarlo, y para ello tenía que saber la causa de su inquietud.

Al menos, podría distraerlo.

–Hola.

Su voz ronca sobresaltó a la Voz y lo sacó de sus pensamientos.

–Hola –dijo mirándola fijamente–. No quería despertarte.

–No… no me has despertado –estaba tan afónica que él se asustó de nuevo.

–¿Te duele algo? ¿Quieres que llame a la enfermera?

–Estoy… –sonrió–. Bien.

Él asintió, pero no parecía muy convencido.

–¿Cómo… –tenía la garganta seca y tuvo que tragar saliva– te llamas?

–Oh, no sabes quién soy, ¿verdad? Es curioso, parece como si te conociera desde… –suspiró–. Me llamo Rick McNeal.

–¿Estabas… en el accidente?

–Sí –miró un segundo por encima del hombro–. ¿Qué recuerdas?

Kate mantuvo los ojos cerrados mientras se lo contaba. Llegar a lo alto de una colina, chocar con la parte trasera de un Jeep, imágenes borrosas y vueltas, cristales rotos… y dolor.

–Lo siento –dijo él–. Deberíamos esperar para hablar de esto.

–Quiero… –ella abrió los ojos–. Saber.

–No sé cuánto debería contarte –dijo él frunciendo el ceño–. ¿Recuerdas el golpe?

Ella asintió.

–¿Y después?

–Tú… nos sacaste.

–Sí. Me pediste que cuidara a Joey por ti. ¿Recuerdas eso?

Kate trató de recordar. ¿De verdad se lo pidió? Nunca había pedido ni que le prestaran un bolígrafo. Ni el menor de los favores. ¿Cómo podía haberle pedido eso a un extraño?

Aunque… si lo pensaba con detenimiento, recordaba la angustia porque el estado se hiciera cargo de su hijo. Habría hecho un pacto con el mismo diablo con tal de evitarlo.

–¿Está… –preguntó asintiendo–, bien?

–Está muy bien. No tienes que preocuparte por él. A mi madre le encanta cuidarlo.

–Gracias –consiguió pronunciar las palabras que llevaba tiempo queriendo decir.

–Ha sido un placer, créeme –dijo él rechazando la gratitud con la mano. Entonces frunció el ceño–. Si las enfermeras se enteran de esto, no me permitirán verte.

–¿Enterarse… de qué?

Él miró hacia la puerta y respiró profundamente.

–Yo soy con quien te chocaste. Soy el hombre responsable de… de todo esto.

Kate se quedó confundida. ¿No fue ella quien se estrelló contra su coche?

–¿Te paraste… a propósito? –no parecía un conductor imprudente.

–¡No, por Dios! Tuve que frenar en seco para no atropellar a un crío que venía hacía mí en bici. Pero me quedé aturdido durante un segundo, y no me moví a tiempo. Entonces apareciste tú y te chocaste, y luego apareció el Cadillac y te golpeó a ti. Lo siento…

Kate frunció el ceño. Aquel hombre también necesitaba consuelo y ayuda, y lo peor era que ella deseaba dársela. Pero aquello supondría relacionarse más, y ella evitaba toda intimidad.

–¿Te duele algo? –preguntó él, acercándose con expresión preocupada.

Las agujas de hielo le traspasaban el ojo izquierdo. No podía resistir más, y cerró los ojos.

–Kate, por favor. ¿Te duele?

Ella no dijo nada, ni hizo el menor movimiento, y él tomo su silencio como un sí.

–¡Diane! ¡Ayuda, por favor!

Kate abrió los ojos el tiempo suficiente para ver a la enfermera acercándose.

–Le permití pasar con la condición de que no la despertase –le dijo a Rick.

–No lo hice. Estaba a su lado y de repente despertó. No la he tocado ni nada.

–Ya veo –dijo irónicamente la enfermera–. En cualquier caso, necesita descansar, así que tendrá que marcharse ahora mismo.

–De acuerdo. Lo siento. ¿Cuándo podré traer a Joey?

–Sabía que iba a preguntarlo. Esta noche, pero solo un momento.

–¿Has oído eso? –preguntó Rick mirando a Kate–. Joey va a morirse de impaciencia.

Kate abrió los ojos y sonrió. Al fin vería a su hijito.

–¡Lo llevaré al parque antes de venir! Eso siempre lo agota.

Kate sintió una punzada en el corazón. La Voz, no, Rick McNeal, ya conocía lo bastante a Joey para saber cómo cansarlo.

–Hasta luego, Kate –se despidió con otro beso en la mejilla–. Gracias por despertar.

Esas palabras la hicieron estremecerse en su interior.

–¿Ese beso también es de Joey? –interrumpió Diane, burlona.

–Solo la mitad –respondió él sonriendo.

–Fuera de aquí. Ahora.

–Vale, ya me voy.

–Adiós –susurró Kate.

–¿La ha oído? –preguntó Rick volviéndose–. Te veré esta noche.

Aquella intensa mirada, aquella sonrisa, aquellas palabras… Era la conexión pura.

–Vuelve a dormirte, cariño –le dijo tranquilamente Diane.

Dormir. Sí, eso era lo que necesitaba, pensó mientras cerraba los ojos. El sueño no era la oscuridad, aunque estuviese bastante cerca.

–¡Rick! –gritó Joey.

–¿Qué haces aquí a estas horas? –preguntó Alice.

–Traigo noticias –dijo él sonriendo y levantando al chico en brazos–. ¿Quieres oírlas, hijo?

Joey rio y miró a Rick con ansia contenida.

–¿Son de mi madre? ¿Se ha despertado? ¿Puedo verla?

–Se ha despertado y puedes verla. Esta noche. ¿Qué te parece?

El chico empezó a correr y a saltar de alegría por la habitación.

–¿Ha dicho algo? –preguntó Alice.

–Sí, ha hablado –dijo Rick sentándose en el sofá y subiendo a Joey a su regazo–. Está muy preocupada por ti, por eso voy a llevarte a verla. Pero tendrás que portarte mejor que nunca, ¿entendido? Está herida y tienes que tratarla como… a un juguete que puede romperse.

–¿Y podré abrazarla? –preguntó preocupado el chico.

–Depende de cómo se sienta. La enfermera dijo que tenemos que tener cuidado, ¿vale?

–Vale, Rick –asintió solemnemente–. Si puedo ver a mamá, prometo portarme bien.

Rick sonrió a Alice y abrazó al chico.

–Sé que lo harás, pequeño. Y recuerda… tenemos que tener mucho cuidado.

El olor a rosas fue lo primero que Kate notó al despertar, aparte del dolor.

El doctor le había dicho que intentara no moverse mucho, así que giró lentamente la cabeza hasta que pudo verlas. Media docena de rosas rosadas en un jarrón.

Las lágrimas le cayeron por las mejillas. Era un simple detalle, pero era más de lo que nadie había hecho por ella en su vida. Aquel hombre desconocido le había llevado rosas, con la esperanza de que su fragancia la sacara del coma.

¿Y cómo había sabido que las rosas rosadas eran sus favoritas?

Conexión. La palabra sonó clara en su mente y le hizo fruncir el ceño.

No había conexión. El vínculo con Rick McNeal tenía que ser un

sueño. Solo un sueño.

Pero rosas rosadas… Una coincidencia, o tal vez Joey se lo dijo. Entonces oyó su voz.

–He venido a ver a mi mamá –anunció orgullosamente Joey.

Kate sonrió. Allí estaba su hijo.

Luego oyó a la Voz, no, a Rick McNeal. Dijo algo que no llegó a entender.

–Se ha dormido –dijo una voz femenina–. Voy a ver si despierta –una enfermera mayor entró en la habitación y sonrió–. Tienes visita.

–Los he oído –dijo Kate, sonriendo débilmente.

–Diez minutos –dijo la enfermera–. No más.

Entonces vio entrar a Rick. Joey era demasiado bajo para verlo.

–¡Mami!

–Eh, amigo –lo advirtió Rick–. Con mucho cuidado, ¿recuerdas?

–Quiero darle un beso –se quejó él.

Rick lo levantó y ella pudo ver su cara. Tenía un aspecto magnífico, y se parecía mucho a Rick. Podría haber sido su clon… o su hijo. Solo el color de ojos era distinto.

–¡Mami!

Sonreír era doloroso, pero Kate no pudo evitarlo.

–Mi niño… Oh, qué contenta estoy de verte. –levantó el brazo derecho, pero estaba tan débil que solo pudo tocarle los pies. Llevaba unas zapatillas nuevas. Y parecían muy caras.

–Joey, voy a bajarte para que le des un beso a mamá, pero con mucho cuidado, ¿entendido?

–Sí, señor.

Lentamente, Rick bajó al chico hasta el rostro de Kate, quien le pasó el dedo por el pelo mientras los ojos volvían a llenársele de lágrimas.

–Te quiero, Joey.

–Yo también te quiero, mami.

Ella lo besó también y Rick lo levantó de nuevo. Su hijo olía a jabón y…

–¿Te has… echado colonia?

El chico pasó una mano por el cuello y la barbilla de Rick.

–Loción de afeitar. Rick me puso un poco.

–Hueles muy bien –murmuró ella, pero esa imagen la fastidiaba.

Era normal que un niño quisiera parecerse a un hombre, pero aquella imagen implicaba una intimidad que ella nunca podría darle. La intimidad entre un padre y un hijo.

–¿Cuándo vienes a casa, mami?

–¿A casa? –por primera vez, Kate se dio cuenta de que no tenían casa.

Joey y ella habían llegado a Memphis desde Jackson, donde ella había dejado su trabajo como contable. Había encontrado el anuncio de un apartamento en el periódico de Memphis, pero aún no había formalizado el contrato. ¿Cuánto tiempo se lo reservarían?

Aquella pregunta le hizo preguntarse algo más inquietante. Miró a Rick.

–¿Cuánto tiempo… llevo aquí?

–Casi dos semanas –respondió él.

–¿Dos…? –se le encogió el estómago. Ya podía irse despidiendo del apartamento. Y de su nuevo trabajo también. Tendría que haber empezado el lunes, pero…

Kate no podía sentarse, ni siquiera levantar el brazo. ¿Cómo podría trabajar frente a un ordenador todo el día?

De modo que no tendría ningún trabajo esperándola al salir del hospital, si es que conseguía salir porque, ¿cómo iba a pagar la factura si no tenía seguro?

–¿Qué ocurre? –preguntó Rick.

–Me acabo de dar cuenta… –miró a Joey.

–¿Mami?

–Está bien, cariño –respondió ella rápidamente–. Todo va a … salir bien.

Joey se tranquilizó. Siempre confiaba en su madre. Pero Rick no estaba convencido.

–¿Ocurre algo malo, Kate?

–No puedo…

–¿No puedes qué?

No podía hacer muchas cosas. No podía pagar la factura del hospital. No podía cuidar de su hijo. No podía moverse. Y no podía hablar de sus problemas delante de Joey.

–No te preocupes, Kate –dijo Rick agarrándole la mano–. Estoy cuidando a Joey y cuidaré también de ti. Todo va a salir bien.

Kate cerró los ojos. Las palabras transmitían seguridad, pero ella

no quería ayuda de nadie. La gente siempre esperaba algo a cambio de la ayuda.

¿Qué esperaría Rick McNeal a cambio de la suya?

Capítulo 4

Te lo has comido todo –le dijo una de las muchas enfermeras que la habían visitado durante tres días–. El doctor Lowry dice que si sigues así, te trasladará a planta.

Kate sonrió débilmente.

–¿Estás cansada, cariño? ¿Quieres que vuelva a inclinar la cama?

–No del todo, por favor –dijo Kate–. Me duelen mucho los ojos cuando miró la luz del techo.

–Las bajaré –dijo la enfermera compasivamente–. ¿Quieres algo para el dolor?

–Hoy no es tan fuerte.

Cerró los ojos cuando la enfermera salió con la bandeja, y escuchó el pitido del cardiógrafo. Cuanto mejor se sentía físicamente, peor era su ánimo. No se atrevía a pensar en lo que iba a costarle todo aquello.

«Un dólar el latido», parecía decir el monitor.

Pero ella no tenía dinero, ni trabajo, ni lugar donde vivir… solo tenía a su hijo.

Sintió un escalofrío y se cubrió los hombros con la manta. Estaba muy cansada. Cansada de estar horas sin moverse, cansada del dolor, cansada de luchar, y cansada de estar sola…

Dio un profundo y prolongado suspiro, y se hundió en la almohada.

–Hola, preciosa.

A pesar del bajo tono, la profunda y reconfortante voz era familiar. La siguió un beso en la mejilla, que terminó de despertarla. Kate abrió los ojos y vio el atractivo rostro de Rick.

–Hola –dijo ella sonriendo indecisa. ¿La había besado?

–Oh, lo siento –dijo él preocupado–. No quería despertarte.

–No estaba durmiendo. Además, tú eres lo único que rompe esta rutina.

–Me alegra saber que soy bueno en algo –dijo él mucho más tranquilo.

–Estoy segura de que también eres bueno en otras cosas.

Él arqueó una ceja, como si Kate le estuviera tirando los tejos. ¿Sería así?

No. Definitivamente, no.

Pero entonces recordó las palabras con las que la había despertado.

«Hola, preciosa».

Hasta entonces no había pensado en su aspecto, pero tendría que ser horrible. Se llevó automáticamente la mano derecha al pelo. ¡Dios santo! no se lo lavaba desde… Y aquel hombre guapísimo la había estado mirando desde…

–¿Te duele la cabeza? –le preguntó Rick.

–¿Que? Oh, solo un poco, pero me acabo de dar cuenta de que debo parecer una bruja. No me lavo el pelo desde antes de … –se tocó con la mano el costado izquierdo de su cabeza–. ¡Estoy calva!

–Tranquila, ya crecerá de nuevo –dijo él tocándole el cuero cabelludo–. Tienes un pelo bonito, del color de la luna.

–¿Bonito? –entornó los ojos–. Si no fuera porque ya lo he perdido, diría que me estás tomando el pelo.

–¡Vaya, eso es un chiste! –se le iluminó la cara–. Realmente estás mejor.

Kate se inquietó. El placer de Nick le provocaba placer a ella también. Y aquello no era bueno. Desde que Mitch se fue, no se encontraba entre sus prioridades satisfacer a un hombre.

–No estoy bromeando. Si piensas que soy bonita, es que no debes salir mucho. Y si lo haces, es solo para ir a combates de boxeo.

–¡Otro chiste! Esto es fantástico.

Otra vez. De nuevo un estremecimiento de placer la recorrió.

–No…

–Lo sé, lo sé, no estás bromeando –le tomó la mano derecha y se la apretó–. Y yo tampoco, Kate. De acuerdo, tu pelo no está para una foto, pero solo el hecho de que estés respirando te hace preciosa a mis ojos.

–No me conoces –dijo ella apartando la mano–. No tiene que preocuparte si respiro o no.

–Te conozco muy bien. Te veo a cada minuto que paso con Joey.

Kate cerró los ojos, incapaz de contener la emoción. No podía recordar la última vez que alguien se preocupó por ella.

No, eso no era cierto. Si recordaba la última vez, con toda exactitud. fue el día antes de saber que estaba embarazada de Mitch. Había pensado que él la cuidaría, y que recibiría a su hijo con ilusión.

Se equivocó.

Se clavó las uñas en la palma, apartando los recuerdos. Desde aquel día, rechazó la ayuda de cualquier persona. Su hijo y ella no necesitaban a nadie. Ni siquiera a Nick McNeal.

–Kate, ¿estás…?

–¿Donde está Joey?

–Está con mi madre. Lo traeré esta noche.

–Te estoy haciendo perder el tiempo. No tienes que venir tan a menudo…

–Sí, tengo que hacerlo –le dijo apretando otra vez su mano–. No te preocupes por mi tiempo. Durante los últimos tres años no he hecho otra cosa salvo trabajar.

–¿Por qué? –no tenía que hacerle preguntas personales, pero quería saberlo.

–Oh, por muchas razones –frunció el ceño–. Tu mano parece de hielo.

–Hace frío aquí.

–Sí, mantienen la temperatura baja para impedir el crecimiento de gérmenes.

–¿Por qué?

–Para prevenir el riesgo de …

–Por qué trabajas tanto, quiero saber. Si no es nada personal –añadió suavizando la voz.

–Oh, por supuesto. Dirijo una empresa de software. Data Enterprises. Programamos bases de datos y cosas así, y también videojuegos.

–A Joey le encantan.

–Lo sé.

Realmente sabía mucho de su hijo, pensó Kate disgustada.

–¿Por qué has trabajado tanto?

–Supongo que para escapar de mis fantasmas –dijo él con

expresión seria.

–¿Fantasmas?

–Mi mujer murió hace tres años. El trabajo me ayuda a no pensar en ella a cada hora.

El dolor de Rick se palpó en el aire.

–Lo siento –dijo ella sinceramente–. ¿Cómo murió?

–Ella…

–Hola, señor McNeal.

Rick se puso en pie, aparentemente aliviado.

–Hola, Diane. No la he visto al llegar.

–Estaba en otra habitación. ¿Se ha enterado de las noticias?

–¿Qué noticias?

–Hoy van a trasladar a nuestra bella durmiente a planta.

–¿De veras? –exclamó con alegría–. ¿Por qué no me lo has dicho, Kate?

–El doctor Lowry lo ha decidido así, después de ver lo que has mejorado –dijo Diane tomándole el pulso.

–Eso es magnífico –dijo Rick–. Joey podrá venir a verte todos los días. ¿Cuándo calcula que podrá irse a casa?

–El doctor dice que en pocos días.

–¿Has oído eso, Kate? Saldrás en pocos días.

Kate asintió, pero no dijo nada. ¿Acaso tenía algún sitio adonde ir?

–¿Qué ocurre? –preguntó él.

–Nada –murmuró ella negando con la cabeza.

–No es verdad –repuso él firmemente–. Estás tan pálida como el día que te trajeron aquí.

–Me he dado cuenta de que… –respiró profundamente–. Joey y yo nos mudamos a Memphis porque iba a empezar a trabajar aquí. Se supone que tenía que empezar el lunes siguiente al accidente.

–Eso fue hace tres semanas –observó él preocupado–. ¿Crees que te seguirán esperando?

–¿Lo harías tú como jefe, sin llamar ni nada? –preguntó ella a punto de llorar.

–¿Cuál es el nombre de la empresa? ¿Y de tu jefe? Lo llamaré y se lo contaré todo.

–No tienes que…

–No, no tengo obligación, pero voy a hacerlo en cuanto llegue a

la oficina. Quizá no sea demasiado tarde.

–Pero, aunque así sea, no van a estar esperándome más tiempo.

–Nunca se sabe.

–Ya has hecho demasiado. No debes…

–El nombre, por favor.

Kate, reacia, le dio la información.

–Hay algo más, ¿verdad? –le preguntó él cuando anotó los nombres en su libreta.

¿Cómo podía leer así en su mente?

Conexión.

No, ella no creía en la conexión. ¿O quizá sí?, pensó temblorosa.

–¿Kate?

–Sí, tienes razón. Tenía que firmar un contrato de alquiler para un apartamento. Pero es casi seguro que se lo hayan alquilado a otra persona. Había más gente interesada.

–¿Nombre?

–Pendleton Forest –dijo ella suspirando. Él lo escribió.

–¿Algo más?

–Nada más.

–Kate… ¿Siempre eres así de cabezota?

–Mira quién fue a hablar –dio un profundo suspiro–. Es solo que estoy preocupada, ¿vale?

–¿Por qué?

–Oh, por cómo voy a pagar el hospital, sin seguro; por cómo voy a encontrar trabajo; por saber adónde ir cuando salga de aquí…

–No te preocupes por la factura –dijo él sonriendo–. Ya está arreglado. En cuanto adónde….

–¿Cómo que está arreglado?

–Yo me he hecho cargo de ella. Al menos, hasta que el seguro esté solucionado.

–¿Qué? No digas tonterías. ¿Por qué ibas a hacerlo tú?

–Porque el accidente fue culpa mía, Kate.

–¿Cómo que fue culpa tuya? Si fui yo quien te golpeó por detrás.

–No tendría que haberme detenido en mitad de la carretera y en lo alto de una colina.

–¿Eso te ha dicho la policía?

–Bueno, no, pero no tuvieron en cuenta que llevara trabajando setenta horas a la semana. Si no hubiera estado tan cansado, todo se

habría evitado.

–No fue culpa tuya.

–Legalmente, quizá no, pero técnicamente, sí. Y voy a hacer lo que sea por arreglarlo. Y como estaba diciendo, cuando salgas de aquí, irás a casa de mi madre.

–Ni hablar.

–Entonces tendrá que ser en mi casa.

–Por supuesto que no.

–Es tu palabra favorita, ¿verdad?

–No pienso aceptar la caridad de nadie –dijo ella endureciendo la mandíbula.

–Esto no es caridad, Kate, es lo que te debo. Por culpa mía estás sin trabajo y sin casa.

–No iré.

–Entonces, ¿adónde irás? ¿Tienes algún amigo o pariente en la ciudad?

–Ya sabes que no tengo a nadie –dijo Kate intentando erguirse.

–¿Se puede saber qué haces?

–Estoy intentando sentarme.

–¿Y por qué no lo has dicho antes? –le pasó la mano por las axilas y la ayudó–. ¿Así?

Kate se agarró a la barra de hierro. Era la primera vez que no contaba con un apoyo a la espalda, y el peso la mareó. No tuvo más remedio que apoyarse en Rick. La fuerza y el calor de su cuerpo le transmitieron seguridad al instante. Era tan masculino y familiar…

–Preciosa Kate –le dijo él besándole la frente–. Lo siento. Siento discutir contigo. Pero no te preocupes por nada. Yo me ocuparé de todo.

–No.

–Sí.

Kate volvió a hundirse en el colchón mientras él se daba la vuelta para marcharse. Cerró los ojos, incapaz de seguir protestando. Ya pondría las cosas en su sitio más tarde. No permitiría que ni Joey ni ella se acostumbrasen a recibir ayuda. La ayuda desaparecía cuando más se la necesitaba.

Rick sacudió la cabeza mientras pulsaba el botón del ascensor.

Qué mujer tan cabezota. ¿Qué esperaba? ¿Salir del hospital y ponerse a buscar trabajo? Ni siquiera podía sentarse por sí sola. Lo único que tenía que hacer era ir a casa de su madre, y no por caridad.

¿Por qué no le permitiría ayudarla? No tenía a nadie, y él no podía dejarla sola en la puerta del hospital, ni permitir que las autoridades se llevaran a Joey.

Joey. Era tan autosuficiente, que si Kate no tenía cuidado, acabaría pensando que tampoco él necesitaba la ayuda de nadie. Acabaría convirtiéndose en un recluso social, igual que…

Igual que Rick durante los últimos tres años.

Pero él había tenido una razón para volverse así. Y quizá Kate también.

¿Tendría también ella el corazón destrozado? ¿Sería por el padre de Joey? El chico simplemente le había dicho que no tenía padre, y Kate le dijo que se había ido.

Aquello le reafirmaba en su idea. Tenía que ofrecer su apoyo a Kate y a Joey. Necesitaban a alguien en quien confiar. Pero ni él mismo se había apoyado en sus amigos. Los había evitado, así que, ¿en qué se diferenciaba de Kate? ¿Cómo podía pretender que confiara en él?

No le encontraba ninguna lógica, pero tenía que hacerlo. E iba a hacerlo. Cuando Kate saliera del hospital, la llevaría a casa de su madre. Por su bien, por el bien de su hijo, y por el suyo propio.

Rick abrió la puerta de la cocina y se quedó parado en el umbral.

Joey estaba en la silla mirando a la ventana. El tazón con la cuchara y el vaso con la marca de leche eran la prueba de que había desayunado bien. Un olor a café flotaba en el aire.

–No importa lo temprano que me levante –se quejó Rick–. Siempre te adelantas.

–¿Quieres cereales, Rick? –preguntó Joey revolviéndose en la silla.

–Sí, bueno, pero yo me los prepararé. Siempre me preparo yo mismo el desayuno.

–¿Quieres una taza de café? –preguntó esperanzado. Estaba tan

ansioso por ayudar que Rick se emocionó. Por un lado, le agradecía a Kate que lo hubiera educado tan bien; pero por otro le recriminaba que hubiera convertido a un niño en adulto tan pronto.

–Me lo haré yo mismo, gracias –se acercó a la cafetera–. ¿Qué estás mirando por la ventana?

–Pájaros. Estoy esperando a la señora Alice. Vamos a ver a mamá hoy, en su nueva habitación.

–La señora Alice… –curiosa forma de llamarla–, no va venir aquí. Soy yo quien va a llevarte a su casa, como siempre. Y las horas de visita no empiezan hasta las diez.

–Ella dijo «lo primero por la mañana».

–Algún día aprenderás que el tiempo para las mujeres es algo relativo.

–¿Relativo?

–Relativo… –dijo Rick vertiendo la leche en el café–, significa que una misma cosa es distinta para cada persona.

–Son solo las seis en punto –dijo mirando el reloj de pared. Incluso sabía leer la hora…–. ¿Puedo jugar al videojuego de Pokemon hasta que acabes, Rick?

–¿No prefieres quedarte a hablar conmigo?

–Tú siempre lees el periódico –dijo Joey levantando un hombro.

–Supongo que sí… –le sonrió–. Anda, vete a jugar si quieres.

–Lo recogeré todo mientras te vistes, ¿vale?

–No, no vale –Rick frunció el ceño. Sabía que la habitación de Joey estaría ordenada, la cama hecha y la ropa guardada–. Eres un niño, por Dios santo. Compórtate como tal.

–¿Cómo? –preguntó Joey con cara de preocupación.

Rick se quedó mudo, sin saber qué responder.

–Ve a encender el ordenador.

–Vale. Te veré arriba.

Rick se quedó mirando ceñudo el café. ¿Cuánto tiempo haría falta para enseñar a un niño a ser un niño? ¿Y estaría Joey el tiempo suficiente con él para descubrirlo?

–¿Mami? ¿Estás despierta?

Kate abrió los ojos con una amplia sonrisa. Joey estaba parado en la puerta.

–¡Joey! No, cariño, solo estaba descansando los ojos.

–¿Podemos entrar?

–Pues claro, cielo. ¿Está Rick contigo?

–No, estoy yo –una mujer mayor de pelo gris rizado apareció detrás de Joey. Era de mediana estatura y llevaba un traje rojo oscuro que parecía bastante caro–. Soy Alice McNeal

Kate se quedó helada. La madre de Rick. ¿Qué estaría pensando de ella? ¿Que se estaba aprovechando del dinero de su hijo?

–Señora McNeal, estoy encantada de conocerla al fin. Quiero agradecerle todo lo que…

–Por favor, llámame Alice, querida. «Señora McNeal» suena demasiado formal –dijo Alice sonriendo mientras ayudaba a Joey a quitarse la chaqueta–. En cuanto a tu hijo, no tienes que agradecerme nada. Estoy realmente encantada con él.

–Eso dice Rick. Me ha hablado mucho de ti.

–Estoy segura de ello –sonrió con orgullo de madre–. Y Joey me ha contado mucho sobre ti.

–¿Y bien? –le preguntó Kate a su hijo–. ¿Qué le has contado a la señora McNeal?

–¿Hum?

–Él me llama «señora Alice» –dijo Alice.

–¿Qué le has contado a la señora Alice?

–Bueno –Joey apretó la cara, pensando–. Le he contado cosas de mi colegio en Jackson, y de Bert y de Barrio Sésamo, y de Snickers –miró a Alice–. Era mi gato y lo atropellaron.

–Sí, me has hablado de Snickers –dijo Alice cariñosamente.

«Igual que una abuela» pensó Kate.

–Me habló de vuestros juegos, de las cosas que le lees, y del tiempo que pasáis juntos.

–Cuántas cosas –Kate le sonrió a su hijo–. ¿Me regalas un abrazo?

–Claro, mami –dijo él, y subió hasta la cama sin ayuda de Alice.

–Ten cuidado, Joey –le dijo Alice–. Siéntate a su lado derecho.

Joey obedeció, y Kate lo abrazó con su brazo bueno.

Te he echado mucho de menos, cariño. ¿Qué llevas puesto? ¿Un nuevo traje? –le preguntó, fijándose en los pantalones azules de marca y en el polo amarillo con un cocodrilo bordado. Estaba claro que no los había sacado de Wal-Mart, donde solía comprar ella–.

Creo que todavía no te he visto dos veces con la misma ropa.

–Oh, Rick me dijo hace una semana que no le comprase más cosas, pero hace mucho que no voy de compras con un chico, y me lo paso muy bien.

–¿Dónde está su ropa?

–Oh, querida… –dijo Alice, confundida–. ¿No te has enterado?

–¿Enterarme de qué? –el corazón de Kate le dio un vuelco.

–Se han perdido todas tus cosas.

–¿Perdido? –otro vuelco en el corazón–. ¿Cómo? ¿Cuándo?

–La policía remolcó tu coche mientras Rick estaba aquí, para desguazarlo.

–¿Mami?

–Está bien, cariño –Kate le acarició el pelo, intentado controlar el pánico que sentía–. Todo va a salir bien.

Pero no era así. No tenía casa ni trabajo, ni ropa, ni coche. No tenían nada de nada.

Su peor pesadilla.

Tenía algo de dinero en el banco, pero no lo suficiente para el vestuario, ni siquiera para vivir una semana. ¿Y qué banco le daría un préstamo en esas condiciones?

–Pues claro que todo va a salir bien –dijo Alice–. Rick se encargará de todo.

Kate tragó saliva. Su segunda pesadilla.

–Yo… ¿Cómo voy a pagarle por cuidar de Joey? ¿Y por estas ropas?

–No te preocupes por eso, querida –dijo Alice palmeándole el brazo–. Tener a un hombrecito en casa ya es pago suficiente. Nos divertimos mucho, ¿no es así, Joey?

–¡Oh, sí! –Joey se volvió excitado hacia su madre–. ¡Fuimos a un museo para niños, y me dejaron que tocara todo, y nos pusieron una película!

Kate le acarició la camisa e intentó sonreír. Nunca le había hecho saber a Joey lo desesperada que estaba.

–Me alegra que lo estés pasando bien. Pero deja algo para ver conmigo, ¿vale?

–Sí, mami –se inclinó para darle un beso en la mejilla.

Siguieron hablando durante veinte minutos, hasta que Alice los interrumpió.

–¿Estás listo, Joey?
–¿Tenéis que iros tan pronto?
–Sí, lo siento. Tengo una cita con un contratista en media hora. Quiero convertir mis dos habitaciones libres en un comedor principal.
Joey hizo ademán de levantarse, pero Kate lo detuvo.
–¿Vas a irte sin darme otro beso?
Joey le dio un beso sonoro en la mejilla y un fuerte abrazo.
–Adiós, mami. Hasta luego. Rick me ha dicho que me traerá.
–Estupendo. Nunca tengo bastantes abrazos de Joey.
–Lo traeré mañana –dijo Alice sonriendo–. ¿Necesitas algo? Las habitaciones de los hospitales son muy simples y tristes, aunque esta no está mal.
«¿Qué tal un nuevo vestuario?», pensó.
–No me hace falta nada. Saldré de aquí mañana o pasado.
–¿Estás segura?
–Bueno… –dudó. Odiaba pedirle cosas a la gente.
–¿Sí? –la apremió Alice con ojos brillantes.
–¿Sería posible…? –le costaba mucho respirar–. ¿Sería posible…?
–¿Sí, querida?
–¿Podría prestarme algún vestido, unos pantalones o algo así? No tengo nada de ropa.
–¡Por el amor de Dios! –Alice se echó a reír–. Mi ropa te estaría enorme. Te compraré algo.
–¡No! Por favor, no…
–¿Cuál es tu talla? –miró a Kate frunciendo el ceño–. La ocho, ¿verdad? ¿Y de ropa interior la pequeña?
–Sí, bueno… Está bien, pero solo una sudadera y unos pantalones de Wal-Mart…
–No te preocupes, querida. Te traeré de todo –empujó a Joey hacia la puerta–. Hasta luego.
–Alice, por favor…
–Cuídate, querida. ¡Adiós!
Kate se quedó mirando la puerta. Estaba conmocionada. Luego se recostó en la almohada con un resoplido de disgusto. Ya sabía de dónde había sacado Rick su cabezonería. ¿Qué parte del «no» eran incapaces de entender los McNeal?

Capítulo 5

Rick salió del ascensor y se paró de golpe.

Kate caminaba lentamente por el pasillo, con muletas. Aún tenía la pierna izquierda escayolada, desde el muslo al tobillo, y la mantenía separada del suelo.

Lo primero que sintió fue cómo la lujuria le golpeaba el pecho.

Ella llevaba el camisón y la bata que Alice le había comprado, pero no se imaginaba lo maliciosa que podía llegar a ser su madre.

No era un camisón práctico y discreto lo que había comprado, sino un vaporoso conjunto de satén, que se ajustaba a las curvas de Kate con cada movimiento. No era transparente, pero la libido de Rick le dibujó una imagen detallada.

Le encantaba la lencería sexy, y su madre lo sabía gracias a Stacy, pero, ¿por qué utilizaba esos conocimientos contra él?

Por la misma razón que repetía siempre. Ya era hora de que Rick olvidara su pérdida y empezara una nueva vida, con esposa e hijos. Y para ello…

Pero, ¿en qué demonios estaba pensando? Aquello era un hospital, no una velada romántica. Y aquella mujer necesitaba su ayuda, no su seducción. Cerró los ojos para intentar alejarse de los pensamientos turbadores y cuando los abrió, pudo ver a Kate objetivamente, no a través de su corazón. Y quiso ayudarla y llevarla en brazos.

Pero Kate no lo hubiera permitido. Mujer cabezota.

Entonces ella se paró y lo miró, con una mezcla de sorpresa y vergüenza en la cara.

–Para mañana serás capaz de correr la maratón,

Ella alzó la barbilla y se dio la vuelta.

–Necesito recuperar mis fuerzas –dijo por encima del hombro.

–Vas a conseguir hacerte daño. ¿Aprueba esto el doctor?

–Dijo que caminara si tenía ganas, y me entregaron las muletas hace una hora, así que… –la voz se le quebró al tropezar.

Rick la alcanzó antes de que golpeara la pared, y la levantó

fácilmente. Al sentir su peso y cómo se abrazaba a su cuello, una llama de deseo lo abrasó, pero entonces miró su cara demacrada y el fuego se apagó.

–¿Qué ha pasado?

–No lo sé –dijo ella respirando precipitadamente–. La muleta derecha se me escurrió del brazo.

Rick no le hizo ningún reproche, sino que se limitó a llevarla a la cama.

–Oh –se quejó ella cuando la soltó sobre el colchón.

–¿Te hago daño? –preguntó él asustado.

Ella se mordió el labio y negó con la cabeza.

–Estoy bien.

–Dirías eso aunque te estuvieras muriendo, ¿verdad?

Al no recibir respuesta, se apartó para recoger las muletas. Al mirar la derecha sacudió la cabeza y volvió a la cama.

–¿Quién ha asegurado estas piezas?

–Oh, me temo que no las apreté bastante.

–¿Nadie te enseñó a usarlas? –preguntó, dirigiéndose a la puerta–. Me van a oír…

–¡No!

–Algún terapeuta debería darte instrucciones –dijo él volviéndose hacia ella–. Es responsabilidad del hospital.

–Ha sido culpa mía –dijo ella apartando la mirada–. Me dijeron que un terapeuta vendría después de la cena.

–No podías esperar, ¿verdad?

–No –dijo ella casi inaudiblemente.

–Kate.

–¿Dónde está Joey? Pensé que ibas a traerlo esta noche.

Rick dejó una muleta junto a la cama y se puso a ajustar la otra.

–Mi madre trajo a un chico de su edad, Micky Garner, para que jugaran. Lo traeré después de cenar –cuando acabó con las muletas, vio que Kate agarraba nerviosamente la sábana–. ¿Qué pasa?

–El doctor Lowry me ha dicho que seguramente me dé el alta mañana.

–¿Y eso no es bueno? A Joey le encantará tenerte en casa, aunque mi madre tenga que cuidarlo algunos días más. Oh, no te ha hablado de eso. Resulta que…

–¿Por qué haces esto, Rick? Soy una extraña para ti, y has

pagado la factura del hospital. Ahora que estoy bien, ya no me debes nada.

–Pero aún no estás bien. El incidente con la muleta lo demuestra. Y además, ¿adónde irías? No tienes casa ni coche.

–¿Por qué, Rick? ¿Por qué?

–Porque me necesitas, Kate –dijo él acercándose a la cama–. Y porque yo…

«Te necesito», eran las palabras que quería decir, pero no eran ciertas. ¿O sí? Le gustaba Kate, y le gustaba cuidarla, pero no la necesitaba.

–¿Tú que? – insistió ella.

Él dudó un momento antes de responder. No podía decírselo, porque no lo sabía.

–Porque mi madre necesita a alguien de quien ocuparse, y se siente muy unida a Joey. Y porque yo… demonios, porque tengo que hacerlo, eso es todo. Ni yo mismo lo entiendo, pero os lo debo a ti y a Joey. Y por Joey tienes que permitírmelo.

Kate se quedó callada durante un rato, mirando ceñuda la cama.

–De acuerdo –dijo finalmente–. Por Joey.

–Gracias.

–¿Qué ha pasado con el trabajo y con el apartamento? ¿Y con el seguro?

–Tenías razón acerca del trabajo. Alguien ocupó tu puesto .

–¿Le contaste al señor Rayburn lo ocurrido?

–Sí. Dijo que lo sentía, pero que no podía ofrecerte nada, de momento.

–Entiendo.

–También has perdido el apartamento.

–Con todas nuestras ropas y… –tragó saliva–. No me des detalles. ¿Y el seguro?

–El conductor del Cadillac dice que yo no tendría que haber estado en mitad de la carretera, y tiene razón. Una colina es lo mismo que una curva, por lo que será difícil que lo culpen.

–Entonces no puedo conseguir un coche nuevo.

–Puedo prestarte…

–No, Rick, no puedo tomar nada más de ti –dio un profundo suspiro–. Pero esto me deja sin opciones, ¿verdad? Me temo que Joey y yo tendremos que quedarnos con tu madre.

–En cuanto a mi madre…

–¿Que?

–No podrás quedarte en su casa, porque está en obras. No sé qué mosca le ha picado, pero quiere tirar los tabiques de la habitación de invitados.

–Entonces…

–Tendréis que veniros a mi casa –dijo él, y se preparó para la explosión.

Pero, sorprendentemente, Kate mantuvo la calma.

–Tú vives en un apartamento. ¿Tienes el espacio suficiente para Joey y para mí?

–Hay tres dormitorios –asintió el–. No tengo cama en el despacho, pero le pediré una a mi madre –Kate pareció sorprenderse de oír eso–. ¿Qué? ¿Pensabas dormir con Joey?

–No me hubiera importado –dijo negando con la cabeza.

–¿Entonces? ¿Esperabas dormir en el sofá, o en el suelo? –entornó los ojos–. ¿O creías que iba a pedirte que durmieras conmigo?

El pensamiento de volver a compartir la cama con una mujer era demasiado provocador, y la libido se le desató por todo el cuerpo. Alguien para calentar las frías horas de soledad…

–¿Qué te hace pensar que haría algo así? –le preguntó él cuando vio que apartaba la mirada.

–Hace mucho que aprendí que cuando alguien te hace un favor, espera algo a cambio.

–¿Pero acaso tú has tenido alguna vez que…? –empezó a preguntar, furioso.

–No –se apresuró ella a responder–. Nunca. Pero no tengo nada para pagarte, ¿o sí?

Él se quedó mirándola con atención. ¿Qué le habría pasado para volverse tan testaruda?

Rick deseaba saberlo todo sobre ella. Nunca había conocido a una mujer como Kate; tan fuerte, tan independiente, tan hermosa… Estaba fascinado.

Pero no era para él. Rick había tenido a Stacy, el amor de su vida. Su dulce y encantadora Stacy. Aunque…

Ya no podía recordar cómo llevaba el pelo.

–Mira, Rick. Te agradezco todo lo que estás haciendo, pero…

–Olvídalo, Kate. Tendrás que quedarte en mi casa, te guste o no.

–Pero, ¿qué ganas tú con ello?

Rick dudó un momento. Podría hablarle de caridad, pero Kate se merecía la verdad.

–Una casa con gente y vida durante algunas semanas –ella parpadeó sorprendida–. Disfruto tanto con la compañía de Joey, que tendría que ser yo quien te diera las gracias.

–Hablas como si no tuvieras a nadie.

–Yo… –era muy duro admitirlo–. Así es.

–Pero…

–Volvamos a lo que nos interesa, ¿de acuerdo? –no era el momento para desnudar su alma.

–¿Y eso de qué se trata? –preguntó ella tras un momento de duda.

–De dónde vas a dormir. Mi madre me dijo esta mañana que tengo que guardar algunos de sus muebles mientras dure la obra. Tú te quedarás en la habitación de invitados. Pondré otra cama en el despacho para Joey. Le encantará dormir cerca del ordenador.

–Le vuelven loco. Estaba ahorrando dinero para regalarle uno por Navidad, pero… –respiró hondamente–, me temo que tendré que emplear ese dinero para rehacer nuestras vidas.

–No te preocupes, precios… Kate. Continuamente estoy renovando los equipos de la empresa. Cuando encontréis una casa, Joey puede quedarse con uno de los antiguos.

–Oh, pero no podemos…

–Sí, sí podéis. No podemos venderlo, porque están un poco desfasados, así que los donamos a colegios, centros cívicos… A quien quiera que los necesita. Como Joey.

Pero a Rick sus propias palabras no lo animaron. Cuando Kate y Joey se marcharan, volvería a quedarse solo en sus habitaciones vacías.

Oscuras, deprimentes, solitarias… Como había sido su alma durante tres largos años.

A medianoche Kate se sentó en el borde de la cama, y contempló el conjunto que tenía en su regazo. El vestido azul marino era de la lana más suave y elaborada que Kate hubiera tocado en su vida.

Tenía el tamaño perfecto, y envolvía sus piernas como una nube oscura. Un cinturón ancho y forrado definía la línea de la cintura.

Los zapatos de piel combinaban perfectamente con el vestido, y además había una chaqueta negra de lana, pero lo mejor de todo era…

La ropa interior de fina seda. Sujetador y braguitas negras de encaje.

Las lágrimas le cubrieron los ojos. Nunca había vestido algo tan delicado. De niña, su madre le compraba la ropa en almacenes de segunda mano, y de mayor tenía que conformarse con las oportunidades de Wal-Mart, aunque casi todo era para Joey.

Alice no quiso ni oírla cuando Kate la llamó para pedirle que devolviera la ropa y contarle algo de unas rebajas excepcionales. Y tuvo que desistir cuando Alice le dijo que Rick no volvería a darle el placer de comprar para una mujer joven.

Desde que los McNeals habían entrado en su vida, Kate había renunciado a muchos de sus principios, pero justificaba su debilidad diciéndose que no tenía elección. Pero ella no era así. Y estaba asustada. ¿Tendría el cerebro más dañado de lo que pensaba el doctor Lowry?

Con un suspiro, se acarició las sienes y se reclinó en la cama. Pero, antes de cerrar los ojos, vio otra vez el vestido de lana. Agarró una de las mangas y se la llevó a la nariz, para aspirar la deliciosa fragancia natural. Y, embriagada por el olor y por el tacto de la lana en su mejilla, dejó que los sueños la envolvieran dulcemente.

–Es esa, mami –dijo Joey desde el asiento trasero–. Ahí.

Rick levantó el pie del acelerador mientras entraban en el complejo residencial. Kate no había dicho casi nada desde que salieron del hospital, y se preguntaba por qué.

–Lo siento, cariño –dijo ella sin poder mover la cabeza–. No puedo mirar donde dices.

–Es la última de la izquierda –dijo Rick señalando la hilera de casas de dos plantas–. La de las persianas verdes.

Pulsó un botón de la visera y la puerta del garaje se abrió. Al entrar, Kate se sorprendió al verlo tan ordenado. Herramientas de todo tipo estaban colgadas en un tablero, según su tamaño y

función, sobre un gran banco de trabajo.

–¿Siempre lo mantienes todo en orden? –le preguntó ella.

–No siempre –dijo él–. Solo durante los tres últimos años. Stacy siempre estaba detrás de mí, guardando las herramientas, así que, al final lo hice yo.

–¿Quién es Stacy? –preguntó Joey mientras intentaba quitarse el cinturón.

–Una señora a la que conocí hace tiempo.

–Mami, yo sacaré tus maletas, ¿vale? –se ofreció cuando pudo desatarse el cinturón.

–Te gusta ayudar a tu madre, ¿eh, Joey? –le preguntó Rick.

–Sí, señor. Mami me necesita, y yo la necesito.

Aquello sonaba como un mantra familiar, y Joey se encargó de llevarlo a la práctica durante la media hora siguiente. En vez de ver la televisión o jugar al ordenador, estuvo ayudando a Rick a instalar a su madre en el cuarto de invitados.

Cuando finalmente Kate se dejó caer en la cama, estaba absolutamente pálida y agotada por el esfuerzo. Rick se había ofrecido a subirla en brazos, pero su mirada de rechazo fue más que convincente.

–¿Quieres que te traiga algo? ¿Agua? ¿Un refresco? ¿Un poco de whisky?

Ella intentó sonreír, sin éxito, ante la broma, y se limitó a negar con la cabeza.

Antes de que él pudiera insistir, Joey entró en la habitación. Llevaba una bandeja con un sándwich, un cuenco con compota de manzana, y un refresco helado.

–Mira, mami. Te he preparado la comida.

–Gracias, cariño –Kate le sonrió débilmente–. Déjala aquí, a mi lado.

Joey obedeció y se quedó esperando, pero su madre no tocaba la comida.

–¿Ya no te gustan los sándwiches de crema de cacahuete?

–Claro que sí. Son mis favoritos. Es solo que… necesito recuperar la respiración.

–Hasta un niño de cuatro años ve que necesitas comer –dijo Rick.

Ella lo miró ceñuda y agarró la lata de refresco. Tiró de la anilla,

pero no consiguió abrirla.

–Déjame ayudarte –dijo dando un paso hacia ella.

–Puedo hacerlo yo sola –dijo ella tercamente, pero volvió a dejar la lata en la bandeja–. Por favor, necesito descansar.

–De acuerdo –asintió él. No tenía sentido ofenderse por su negativa–. Vamos, Joey.

Joey fue hacia la cama y acercó un poco más la bandeja a su madre.

–Por favor, come, mami. Alice dice que si comes mucho te pondrás grande y fuerte.

–De acuerdo –dijo ella sonriendo cariñosamente a su hijo. Agarró el sándwich y le dio un pequeño mordisco.

Rick vio una pizca de crema en el labio de Kate, antes de que se la limpiara con la lengua. El deseo se apoderó de él. Tan fuerte que le clavó los pies al suelo.

–Hasta luego, mami –dijo Joey tomando la mano de Rick–. Es hora de ver *Start Trek*.

–¿Estarás bien, Kate? –le preguntó Rick desde la puerta.

–Sí –respondió ella con resolución–. Gracias, Rick, por todo lo que haces.

–Es un placer –murmuró él, y siguió a Joey escaleras abajo.

Cuando estuvo sentado junto a Joey, viendo la televisión, Rick estudió el deseo que sentía por Kate. No había respondido sexualmente ante una mujer desde hacia años.

Pero no era solo deseo. Quería algo más. Quería formar parte de esa familia tan encantadora. Quería que Kate le permitiera ayudarla como se merecía.

Pero sabía que las cosas no podían ser así. Kate no le aceptaba ni un vaso de agua. Solo aceptaba la ayuda de Joey. ¿Era por amor de madre o por reafirmar la madurez del chico?

La razón no importaba. Kate no era mujer para él. Rick necesitaba a alguien que lo necesitara a él. Kate podía necesitarlo en esos momentos, pero en realidad odiaba esa dependencia. En cuanto estuviera bien, se marcharía de su casa y de su vida.

Y eso era tan cierto como que las orejas de Spock eran puntiagudas.

Lo único que podía hacer era conseguir que se lo creyera su libido.

Capítulo 6

A la mañana siguiente Kate se despertó de golpe y desorientada.

¿Dónde se encontraba? ¿Y dónde estaba Joey?

Mientras se esforzaba por sentarse, olió algo familiar. Rick. Era el olor de su loción.

Aliviada por recordar, se tumbó de nuevo, con una ligera inquietud.

¿Por qué había reconocido ese olor tan rápidamente? ¿Y por qué el olor la tranquilizaba?

Para evitar las preguntas sin respuesta y la intimidad que implicaban, miró hacia los rayos de sol que se filtraban entre las cortinas. Entonces la puerta se abrió ligeramente.

–¡Joey! –susurró Rick–. No tenemos que despertarla, ¿recuerdas?

–Solo quiero verla, Rick –respondió Joey, también susurrando.

–Estoy despierta, cariño –dijo Kate, y consiguió sentarse de nuevo–. Entra.

–¡Mami! –exclamó su hijo empujando la puerta–. Al fin te has despertado.

–¿Por qué te has… –Rick se quedó parado, mirándola intensamente–, levantado?

Entonces Kate se dio cuenta de que tenía los muslos al descubierto. Se cubrió con la sábana, ruborizada, y le tendió el brazo a Joey. ¿Cómo podía avergonzarse tanto de que la pillara medio desnuda? Ya no era ninguna adolescente, por el amor de Dios. Afortunadamente, el fuerte abrazo de Joey la alivió en seguida.

–Con cuidado, Joey –dijo Rick.

–No me hace daño –protestó ella. Pero Joey la soltó inmediatamente–. ¿Qué hora es?

–Son casi las diez –respondió Rick acercándose a la cama–. ¿Tienes hambre?

–¿Las diez? No puedo haber dormido tanto. Me acosté a las ocho, ¿verdad?

–A las ocho menos cuarto. Todavía estás débil.

–Sí tengo hambre –dijo ella estirando el cuello–, pero no quiero causarte molestias.

–¿Con este chico? –sonrió–. Te tiene preparado un cuenco de cereales desde las seis.

–Mmmm, me encantan –dijo Kate agarrando las muletas–. Bajaré en un minuto.

–¿Por qué no dejas que te lleve yo? –dijo Rick–. Será mas rápido y más seguro.

Kate tembló solo de pensarlo. Solo se mostraba amable con ella, pero aun así…

–Puedo bajar yo sola.

–Dime, pequeño –dijo Rick volviéndose hacia Joey–. ¿Alguna vez tu madre dice sí?

–Sí –respondió Joey confundido.

–Tengo que lavarme un poco primero –dijo Kate–. Así que, a menos que vayas a llevarme al baño para lavarme los dientes y enjabonarme…

–Puedo hacerlo –dijo con una sonrisa encantadora.

Ella no podía creer lo que oía. ¿Estaba Rick coqueteando con ella?

–Sí, estaba pensando en permitir que lo hicieras tú –dijo, sin poder contener la risa nerviosa.

–Hey. Un hombre siempre tiene que intentarlo.

–¿Intentar qué, Rick? –preguntó Joey.

–Algún día lo entenderás –dijo Rick riendo y revolviéndole el pelo–. Creo que podemos traerle el desayuno a la cama, ¿no crees, pequeño?

–Sí, Rick –exclamó Joey saltando de la cama–. Iré…

–Espera un segundo –lo llamó ella–. No puedo soportar un día más en cama, y vosotros no me dejáis ni que baje las escaleras.

Él la observó con atención, y suspiró.

–Veamos cómo lo haces –dijo, y la ayudó a levantarse–. Ponte eso –le tendió la bata–. Hace… un poco de frío.

Ella se ruborizó y se ató el cinturón, antes de agarrar las muletas.

Cuando se miró en el espejo del baño, se convenció de que Rick no había estado coqueteando. ¿Quién podría encontrarla atractiva

con una cicatriz roja entre una horrible mata de pelo? Las magulladuras casi habían desaparecido, pero tenía los ojos hundidos.

Terminó de lavarse y salió hacia las escaleras. Entonces se paró y tragó saliva.

Las escaleras eran condenadamente altas.

Se quedó mirándolas unos minutos, hasta que se convenció de que no podría bajarlas sola. Las lágrimas le llenaron los ojos. Tendría que pedirle ayuda a Rick, después de haberse mostrado tan ridículamente soberbia.

Pero entonces apareció Rick y, sin darle tiempo a decir nada, subió velozmente hasta ella, apoyó las muletas contra la pared, la levantó en sus brazos, y la dejó sana y salva en el piso inferior. Mientras, Joey recogió las muletas y se las tendió.

–¡Te he preparado un café, mami! –le dijo, corriendo a la cocina.

–Gracias –le dijo Rick.

–¿Por qué me das las gracias?

–Por no intentar bajar las escaleras tú sola.

Su compasión la hizo sentirse fatal.

–Sabía que no lo conseguiría sin hacerme daño. Puede que sea cabezota, pero no estúpida –él no dijo nada y ella se dirigió a la cocina, pero se paró un momento–. Gracias, Rick, por ayudarme y… por no tener que pedírtelo.

–De nada –respondió él con su más amplia sonrisa.

Quince minutos más tarde Kate terminó de tomarse los cereales, y se fijó en la fecha del periódico que estaba leyendo Rick.

–Es miércoles. ¿No deberías ir a trabajar?

–Sí, pero me quedaré para cuidar de ti y…

–¡No! –exclamó ella aterrorizada–. No puedes hacer eso.

–Claro que puedo. Soy el dueño de la empresa, y hace mucho que no tengo vacaciones.

–¿Y vas a malgastar tus vacaciones cuidando de mí? –se sentía peor a cada momento.

–Yo no diría que las esté malgastando…

–Vete a trabajar, Rick, por favor. Ya has perdido medio día –tomó un largo sorbo de café–. No quiero hacerte perder más dinero.

Vete, por favor. Joey y yo estaremos bien.

–Oh, no, no me quiero ni imaginar lo que harías sin mí. Posiblemente, te pondrías a nadar cincuenta largos en la piscina.

Ella consiguió sonreír ante la broma.

–Prometo no hacer nada estúpido. Si necesito algo, Joey me ayudará.

–Joey puede meterse en tantos problemas como tú. Sabe hacer café, por Dios santo. ¿Qué será lo próximo que intente? Freír un filete a la parrilla? No, será mejor que me quede.

–No sé cómo se hace eso –dijo Joey encogiéndose de hombros.

–No lo haría –dijo Kate–. Le he enseñado a ser prudente.

–Lo sé, pero solo es un niño, y cuidar de ti ahora es tarea para un adulto. Déjame cuidar de ti, Kate. Todo lo que tienes que hacer es pedir ayuda.

Era así de fácil. Pedir ayuda. Pero, aunque Rick parecía sincero, Kate no iba a cometer otra vez el mismo error. La gente siempre acababa pidiendo el pago de la ayuda.

–Por favor, vete a trabajar, Rick. No te necesitamos.

Él se quedó helado. Y Kate también, viendo el dolor en su rostro. Lo próximo que haría sería echarlos de su casa.

Pero no lo hizo. Se limitó a levantarse de la mesa y marcharse.

–Mami, ¿estás bien?

No, no estaba bien. Se odiaba a sí misma por lo que había dicho. ¿Qué le había hecho a Rick? ¿Volvería?

–Sí, cariño –dijo, tragando saliva para ocultar su miedo–. No te preocupes. Todo va a salir…

No pudo terminar la frase.

Rick encendió el motor, y se fue calmando mientras se abría la puerta del garaje.

¿Qué había pasado? ¿Por qué demonios se preocupaba tanto Kate por el dinero? Rick tenía bastante para vivir el resto de su vida, pero Kate solo veía el que perdía.

Pero eso no era todo. Si tenía que ser sincero consigo mismo, tenía que reconocer que se sentía atraído por ella. La imagen del camisón con los muslos desnudos le había provocado una excitación que todavía le duraba.

Demonios. ¿Habría notado ella su excitación? ¿Estaría por eso tan asustada?

Kate se había ruborizado, pero por timidez, no por miedo. ¿Significaría eso que ella también se sentía atraída hacia él? Solo de pensarlo ardió otra vez de deseo.

No, no podía dejarse llevar por esas conjeturas. Tenía demasiadas razones. Estaba Joey, su propia madre… ¿Qué pensaría Alice de esa atracción?

Y además… Stacy. ¿Cómo podía olvidar a su mujer? Había sido el único amor de su vida, y sentirse atraído por otra mujer lo hacia sentirse… infiel.

Todo estaba en contra de esos sentimientos.

Rick se sentía tan perdido como un ordenador bloqueado. Lo único que sabía con certeza era que Kate no podía bajar sola las escaleras.

Rick se dio cuenta de que estaba conduciendo automáticamente hacia la oficina, y giró en dirección a casa de su madre. Allí cargó las camas y algunas ropas en el Jeep, y se limitó a darle respuestas breves a Alice cuando le preguntó por Kate y Joey. Después regresó a casa y, por primera vez en tres años, se sintió feliz de hacerlo. Había una familia allí esperándolo. No era la suya, pero al menos llenaba la casa de vida.

Mientras estaba abriendo la puerta le llegó el olor a comida. Kate estaría calentando un sobre de sopa. Su primer impulso fue correr a la cocina y hacerlo por ella, pero se contuvo. Calentar sopa no era una tarea muy difícil para Kate.

Pero no era Kate. Era Joey quien lo estaba haciendo.

–¿Qué estás haciendo?

Al oírlo, Joey se volvió y, sin querer, pasó un trapo por encima del fuego.

–¡Joey, por Dios! ¡Sal de aquí!

En dos zancadas llegó hasta Joey, lo levantó y con la otra mano agarró el extremo del trapo, que ya estaba ardiendo. Al tiempo que el detector de humo empezaba a sonar, tiró el trapo al fregadero y abrió el grifo.

Luego, miró a Joey, que estaba llorando en silencio, y lo abrazó

con más fuerza.

–Gracias a Dios, estás bien. Lo estás, ¿verdad? –lo examinó de cerca y vio una mancha oscura en su camisa, pero no tenía quemaduras.

–Lo siento, Rick –dijo Joey entre sollozos.

–Tranquilo, pequeño –dijo Rick, apagando la hornilla y retirando la cazuela–. ¿Qué estabas haciendo?

–¿Qué pasa? –chilló Kate desde el pasillo–. ¡Joey! ¡Sal de ahí! ¡Rápido!

–Está bien, Kate –respondió Rick.

El detector de humo se calló y Rick la oyó acercarse rápidamente. La vio aparecer en la puerta con los ojos abiertos de pánico.

–¿Dónde demonios estabas? –le preguntó él sin ocultar su tono de dureza.

–En el cuarto de baño –dijo sin respiración–. ¿Qué es todo este humo? Joey, ¿estás bien?

Rick lo puso en el suelo, y el chico corrió hacia su madre y se abrazó a su cintura.

–Mami, lo siento. No quería hacerlo, de verdad.

–¿Qué ha pasado? –pregunto ella mirando a Rick, mientras abrazaba a su hijo.

–Joey estaba cocinando para ti –dijo Rick señalando la cazuela–. Cuando entré, se le estaba quemando el trapo.

–¿Qué estabas haciendo? –le recriminó Kate–. Nunca te he enseñado a encender la hornilla.

–Sí, pero… pero… –empezó a llorar de nuevo–. La señora Alice y yo hacíamos sopa todo el tiempo. Me dejaba removerla. Y yo quería… yo quería… darte una sorpresa.

–Bueno, lo has conseguido, pero no la buena –lo abrazó más fuerte–. No vuelvas a hacerlo nunca más. ¿Me oyes? Eres demasiado pequeño para cocinar.

–Pero la señora Alice me deja que…

–Y ella también va a oírme –le dijo Rick–. Pero nunca te habría permitido cocinar a ti solo. Y la hornilla no puedes usarla, ni aquí ni en casa de mi madre. ¿Entiendes?

–Rick tiene razón –dijo Kate. No podía ablandarse ante la tristeza de su hijo–. Ahora sube y cámbiate de camisa.

Joey abandonó la cocina, como un soldado derrotado, y Kate se volvió hacia Rick.

–Lo siento, Rick –dijo ella compungida–. Supongo que querrás que nos vayamos y…

–Cállate –ordenó él. Recogió el trapo chamuscado y lo tiró a la basura–. ¿Tienes idea de lo que ha podido pasar?

–Por supuesto. Mi hijo ha estado a punto de quemar tu casa, y lo has evitado justo a tiempo. Lo siento terriblemente, y sé que es culpa mía. Tendremos que vigilarlo más de cerca –se acercó cojeando al fregadero–. Lo limpiaré todo en seguida.

–Déjalo, Kate –replicó él cortante–. Claro que es culpa tuya, pero no sé si eres consciente de hasta qué punto lo es. Joey es tu hijo y lo has educado bien. Le estás enseñando a ser independiente y eso va a acabar con él.

–¿Qué? –preguntó ella dando un paso atrás.

–Estaba intentando cocinar solo. ¿Dé dónde crees que sacó esa idea si no de la permisividad que le ofreces para que lo haga todo por su cuenta?

–Yo… –se quedó muda. ¿Tendría Rick razón? ¿Estaría poniendo en peligro la vida de su hijo?–. No sabía que…

–Bueno, pues ya lo sabes –espetó él poniendo la cacerola en el lavavajillas.

–De acuerdo –estaba desconcertada–. Si llamas a un taxi, nos iremos de aquí.

–¿Y adónde se supone que vais a ir?

Ella tragó saliva y se encogió de hombros.

–No importa.

Él maldijo en voz baja y cerró con fuerza el lavavajillas.

–Vais a quedaros aquí. Sabe Dios lo que le harías al chico si nadie te vigila.

Kate puso una mueca de dolor. Se merecía oír aquello.

–Y no solo eso. Vas a trasladarte a la planta baja –conectó el aparato y se volvió hacia ella–. Y en cuanto a dejar o no mi trabajo, voy a dejarte decidir. O me quedo en casa hasta que esté seguro de ti, o contrato a una enfermera.

–¿Una enfermera? ¿Sabes el dinero que cuestan?

–No, pero me da igual. No voy a permitir que un crío haga el trabajo de una enfermera, ni a ti tampoco. Así que, o una enfermera

o yo. Elige. Piensa en ello mientras voy a ver a Joey.

Kate lo observó marcharse. No había elección. Fuera como fuera, iba a costarle dinero a Rick. Pero él parecía más dispuesto a ayudarla que ella a no aceptar su ayuda.

–Siento haber reaccionado así –dijo él apareciendo tras la puerta–, y haberte acusado de ser una mala madre. No lo eres. Pero me he llevado un gran susto

–Yo también me he asustado –dijo ella sin saber cómo reaccionar ante su buen juicio.

–Lo sé –asintió Rick.

Sus ojos se encontraron, y una mirada intensa chisporroteó entre ellos. Hubo un momento de conexión, de mutuo entendimiento sobre los riesgos de la paternidad.

Kate apartó la mirada. Volvía a imaginarse cosas. Joey era hijo de ella, no de ambos.

–¿Dónde está Joey?

–Está bien. Bajará en un minuto –cruzó los brazos al pecho y se apoyó en la encimera–. Aún no has tomado la decisión. O la enfermera o yo.

Kate no sabía cuánto perdería Rick si se quedaba en casa, pero tampoco se atrevía a pensar en el coste de una enfermera. Estaba decidida a no suponerle más desembolsos económicos.

Respiró profundamente e intentó emitir la respuesta, pero apenas le salió voz.

–¿Cómo has dicho? –preguntó él pestañeando–. No te he oído.

–Tú –respondió ella en voz alta.

Él esbozó una ligera sonrisa, pero se cortó y se limitó a asentir.

–Buena elección. Y ahora, ¿qué te apetece para comer? ¿Más sopa o la ensalada de pollo de Alice?

–No puedo…

–¿Perdón?

–Prefiero la ensalada de pollo.

–Otra buena elección –dijo él sonriendo.

Capítulo 7

A la mañana siguiente Kate despertó al oír cómo se cerraba la puerta del frigorífico y el ruido de pequeñas pisadas. Joey, sin duda, sacando la leche para los cereales.

–¿Joey? –lo llamó mientras intentaba sentarse en la cama.

–¿Qué, mami?

–¿Te has servido ya los cereales?

–No, señora.

–Bueno, déjalos. Me levantaré y te prepararé unos huevos.

–¡Sí, señora!

Kate sonrió al imaginarse la sonrisa de su hijo, y se movió para buscar ropa interior limpia. Solo tenía tres conjuntos, por los que tenía que lavarlos con frecuencia, pero eso era mejor que dejar a Alice seguir gastando dinero.

Se decidió por el conjunto rojo de encaje. ¿En qué habría pensado Alice al elegir una lencería tan sexy? La relación con su marido había tenido que ser apasionada…

Estaba buscando un jersey cuando oyó un crujido en el vestíbulo. Alzó la mirada y vio a Rick al pie de la escalera.

–Buenos d… –empezó a saludar él, pero enmudeció al verla.

Kate se quedó petrificada. Rick nunca bajaba tan temprano. Y la había pillado sin nada más que el sensual conjunto rojo.

Tendría que haberse sentido avergonzada y humillada, pero la expresión de Rick la hizo sentirse como la mujer más hermosa de la tierra.

–Kate… –su nombre flotó en el aire mientras se acercaba a ella con las manos levantadas.

–¡Mami! ¿Puedo hacerte las tostadas? –interrumpió Joey de repente.

–Lo siento –dijo Rick bajando las manos–. No sabía que estabas… Demonios, lo siento.

Salió disparado de la habitación y Kate aprovechó para ponerse rápidamente un jersey azul. ¿Qué habría pensado Rick al verla con

esa ropa? ¿Y por qué ella no se había escandalizado? Meditando sobre esa cuestión, entró en la cocina.

–¡Por fin! –exclamó Joey–. Rick está haciendo los huevos.

Rick la miró con expresión anodina.

–¿Cómo los quieres? ¿Fritos o revueltos?

–Humm… Revueltos.

Él asintió y se volvió hacia la hornilla. Kate soltó el aire que estaba reteniendo. De acuerdo. Iban a actuar como si nada hubiera pasado. Era lo mejor, pensó ella mientras se sentaba.

Entonces, ¿por qué se sentía tan decepcionada?

–Mami, dame todos tus nueves.

–Espero que tengas algún as en la manga, pequeño, porque te van a hacer falta.

Rick los contempló con una sonrisa. Eran las siete de la tarde de un viernes y, por primera vez en años, se estaba divirtiendo. Más que eso. La visión fugaz de la ropa interior roja de Kate le producía… No, no podía pensar en Kate de esa manera, por muy esbelta que fuera su cintura, sobre unos muslos bien formados que invitaban a…

–Tierra llamando a Rick.

Rick volvió a la realidad. Dos pares de ojos estaban fijos en él.

–¿Es mi turno de nuevo? –intentó concentrarse en las cartas–. Kate, dame tus reinas.

Ella le tendió dos cartas y miró por encima del hombro.

–¿Necesitas algo?

–Quería saber si tenías espejos en el armario. Es la tercera vez que me pillas.

–Tal vez solo sea un poco… psicodélico –dijo él sonriendo.

–Psico… ¿qué? –preguntó Joey.

–Psicodélico significa que estoy cubierto de pinturas extrañas con dibujos de…

–Rick quiere decir psíquico, cariño –aclaró Kate–. Significa que puede leer el pensamiento de otras personas.

–¿De verdad? –preguntó volviéndose hacia Rick–. ¡Lee el mío!

–Vamos a ver… –se puso los dedos en la frente y cerró los ojos–. Estás pensando en… otra porción de helado de chocolate.

–¡Sí!

–Espera un momento –dijo Kate–. ¿De verdad estabas pensando en eso, Joey?

–¿Si digo que sí podré tomar helado?

–Buena respuesta, chaval –dijo Rick– Iré por el helado y tú por tres cucharas, ¿vale?

–Si no te conociera –observó Kate–, diría que intentas hacerme engordar.

Rick abrió el congelador para sacar el helado y se volvió para contemplarla. Llevaba una camisa vaquera azul y un jersey blanco que se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Era la última compra de Alice.

Como el condenado sujetador y las braguitas rojas. Rick no podía dejar de pensar en qué llevaría debajo, y le costó mucho esfuerzo apartar la vista del escote.

–No te vendría mal ganar algunos kilos.

–Como tus mujeres gordas, tú… –se calló de golpe, con las mejillas coloradas.

Rick se quedó pensando en esas palabras, «sus mujeres». Eso significaba que Kate era una de ellas. La idea de tenerla para siempre, acostada en su cama con aquella lencería roja, lo hizo hervir de apasionado deseo. La necesitaba, y no podía negarlo por más tiempo.

–¿Dónde están las cucharas, Rick? –le preguntó Joey, sacándolo de sus fantasías.

–¿Qué? Ah, sí. Están en ese cajón.

–Esta noche pareces un cadete espacial –comentó Kate.

–¿Vas a unirte a la flota espacial, Rick? –preguntó Joey.

–Muy gracioso –dijo él y le manchó de helado la nariz–. Ya está. Ahora pareces un Klingon.

Joey se echó a reír y se acercó a su madre con los brazos en alto.

–Es un buen día para morir –gruñó.

–No digas eso, cariño –le pidió ella abrazándolo–. Por favor.

–Pero, mami, es lo que dicen los Klingons antes de atacar. Tú tienes que asustarte –explicó, y se abalanzó hacia el helado.

Rick sabía por qué a Kate no le había hecho gracia la frase de los Klingons: había estado demasiado cerca de la muerte. Por otro lado, se sentía orgulloso de que Joey demostrara su precoz inteligencia.

Se había familiarizado con la serie *Start Treck* y con todas sus jergas y matices antes que muchos adultos.

Realmente los tres juntos parecían una familia feliz. Pero, ¿hasta cuándo duraría esa apariencia? Cuando Kate se recuperase por completo, se marcharía con Joey, decidida a no necesitar la ayuda de nadie.

Ni siquiera la de Rick.

–¡Tienes un pelo precioso! –exclamó Alice mientras conducía.

Kate se palpó la cabeza. El día anterior Alice había insistido en llevarla a la peluquería. Y se lo habían dejado uniformemente corto.

–Me siento como uno de esos jugadores de baloncesto que se rapan la cabeza.

–Bueno, la verdad es que te favorece tenerlo tan corto –dijo Alice riendo–. No a todas las mujeres les sienta bien llevarlo así.

–En fin, al menos Emmy no tuvo que esforzarse mucho, ¿verdad? Y ya irá creciendo.

–Claro, el pelo siempre tiende a crecer. Ya verás la sorpresa que se llevan Rick y Joey.

–Creo que se van a quedar espantados, más bien. Joey solo me ha visto con el pelo largo.

–Y Rick solo te ha visto con la mitad de la cabeza rapada.

–Sí, bueno, pero eso no importa. Veremos si con este aspecto puedo conseguir un trabajo.

Alice la miró preocupada.

–No te gusta mucho Rick, ¿verdad?

–Bueno… ¿Cómo no va a gustarme? Nos está ayudando mucho, y tú también. Pero te aseguro que voy a pagaros todo lo que habéis…

–No, no y no. Deja de hablar de eso, por favor. Soy yo quien te debe mucho.

–¿A mí? Pero si os estoy costando mucho tiempo y dinero…

–Oh, querida –suspiró Alice–. Has hecho más de lo que crees. Has salvado la vida de Rick.

–¿Cómo? –preguntó ella asombrada–. No sabía que Rick estuviera enfermo.

–No está enfermo. Es… bueno, es una larga historia. ¿Crees que

podrás salir del coche para que tomemos un café mientras hablamos?

–Sí, las muletas ya no me dan problemas –se quedó dudando. Sabía que no debía preguntar nada personal–. Tiene que ver… ¿con su esposa?

–Se llamaba Stacy –asintió Alice–. Pero vamos a esperar a sentarnos, ¿de acuerdo?

–Muy bien.

Kate no protestó cuando Alice le pidió chocolate y pastel. No iba a desaprovechar esa oportunidad para conseguir información…

–Se conocieron en el instituto –le contó Alice cuando estuvieron acomodadas–. Rick dice que se enamoró de ella en cuanto la vio, y todo parecía indicar que así fue. Jamás tuvieron una riña, ni la más leve discusión.

–¿Cómo era ella? –quiso saber Kate–. Rick no tiene ninguna foto suya.

–No, la verdad es que la recuerda bastante bien –dijo Alice tomando un sorbo de café–. Era muy bonita, pero no como tú. Tenía el pelo y los ojos muy oscuros, era un poco más baja que tú y algo más gruesa. Ganó mucho peso al quedarse embarazada, pero a Rick no le importó. Se había criado como un hombre de familia y le encantaba cuidar de ella, Y ella también lo cuidaba a él. Era una excelente cocinera, mejor que yo, incluso.

–Murió en un accidente de coche, ¿verdad?

Alice asintió tristemente y suspiró.

–Venían en coche de la iglesia. Rick conducía y se detuvo ante un semáforo en rojo. Cuando se encendió la luz verde, avanzó, y entonces apareció un coche a toda velocidad. El conductor iba bebido y… Bueno, se estrelló contra la puerta de Stacy.

–¿Murió al instante? –preguntó Kate, a punto de echarse a llorar.

–Eso hubiera sido una bendición –dijo Alice negando con la cabeza–. Perdió a su hijo, de cinco meses, y estuvo en coma durante dos días, conectada a multitud de aparatos. Finalmente, Rick se convenció de que no había esperanza y lo desconectaron todo…

Kate sintió un terrible escalofrío.

–Rick se sintió culpable de su muerte, como también de mi accidente, pero nada de eso fue por culpa suya.

–Tienes razón. Se sentía culpable por no haber mirado a ambos

lados antes de avanzar.

–Y por haber permanecido en medio de la carretera por culpa del cansancio –dijo Kate.

–Cuando Stacy murió, se refugió por completo en su trabajo. Pasaba hasta dieciséis horas en la oficina, no por falta de dinero, sino para llegar tan cansado a casa que no notase la ausencia de su mujer.

–Oh, Alice…

–El día de tu accidente fue jueves y llevaba setenta horas de trabajo esa semana –Alice la miró con atención–. ¿Entiendes por qué digo que le has salvado la vida? Tú y Joey le habéis enseñado que sigue habiendo vida fuera de la oficina. Él quiere y necesita otra familia, pero teme perderla de nuevo.

–Alice, Joey y yo no somos su familia.

Pero le pareció que estaba mintiendo, porque tenía la sensación de que sí formaban una familia. Rick se comportaba como un padre atento y como un marido enamorado… Aunque no intentase nada.

–Que lo seáis o no, no importa –dijo Alice–. Lo habéis devuelto a la vida, así que ni se te ocurra hablarme de dinero. Mereces cada centavo que gasto en ti, y mucho más que eso –extendió el brazo y le agarró la mano–. Me has devuelto a mi hijo, Kate, y nadie más ha conseguido hacerlo. Realmente, vales tu peso en oro.

–Me hablas como si fuera una especie de santa, y no lo soy –dijo Kate apartando la mano–. No he hecho otra cosa que estar en coma dos semanas, y luego quedarme en casa mientras él lo hace todo.

Alice se encogió de hombros.

–No sé lo que habrás hecho, querida. Pero, sea lo que sea, por favor, sigue haciéndolo.

Kate se pasó toda la tarde pensando en la conversación con Alice, y cuando vio a Rick y a Joey jugando a las damas chinas en la salita, llegó a una conclusión.

Hasta entonces se había estado preguntando qué esperaría Rick a cambio de su ayuda. Pero lo que Rick estaba haciendo era intentar reparar el mal que le causó a su mujer.

Había vuelto a pasar lo mismo. Stacy y ella habían estado en coma, conectadas a aparatos, por culpa de un accidente de tráfico

en el que Rick conducía. Stacy estaba embarazada de un niño, y Kate tenía un niño.

La única diferencia era que Stacy murió, y ella no.

Por eso Rick se esforzaba tanto en ayudarla. No lo hacía por ella, sino por Stacy.

–¿No tener pelo te produce dolor de cabeza?

–¿Perdón? –Kate levantó la vista. Rick la miraba sonriente desde la mesita con las damas.

–Estás frunciendo tanto el ceño que pareces echar de menos tu pelo.

–Muy gracioso. Estoy bien.

–En serio –dijo él con expresión preocupada–. ¿Quieres una aspirina?

–Estoy bien, de verdad. Seguid jugando.

–Solo bromeaba con tu pelo. Me gusta.

–A mí también, mami –corroboró Joey.

–Gracias –dijo agarrando las muletas–. Voy por un vaso de agua. ¿Alguien quiere al…?

–Iré yo por ti –dijo Rick levantándose.

–No, iré yo –sentenció Kate–. Tengo que ir también al baño. Siéntate y sigue con el juego.

Mientras salía de la habitación, pudo sentir la intensa mirada de Rick. Pero sabía que no la estaba mirando a ella. Estaba mirando a un fantasma.

Capítulo 8

Rick se paró en la puerta del salón para observar a Kate.

Estaba hojeando una revista y con el brazo izquierdo, al que le habían quitado la escayola ese día, pasaba las páginas, sin la menor muestra de dolor.

Ofrecía una imagen tan familiar, sentada en el sofá de cuero verde, que parecía la propia dueña de la casa. Rick se imaginó acercándose a ella y recibiendo un beso de saludo…

–La cena está servida –se forzó a decir en voz alta.

Kate lo miró y, por un instante, se le iluminó el rostro, como siempre que lo encontraba. Sin embargo, su expresión se tornó preocupada cuando alcanzó las muletas.

–Ahora que puedo usar ambos brazos, podría ayudarte un poco.

–Deja que tu brazo se fortalezca antes. Espera un día más.

–Sea lo que sea lo que estés cocinando, huele muy bien –dijo ella levantándose del sofá con gran ligereza–. Sabía que los hombres como tú existíais, pero nunca he conocido a uno que cocine tan maravillosamente bien.

–Si los solteros no supiéramos cocinar, nos moriríamos de hambre. O nos tendríamos que conformar con las hamburguesas.

–Hay buenos restaurantes.

–Sí, pero tienes que sentarte… solo en una mesa, mientras todos a tu alrededor están emparejados. Si te quedas en casa, al menos tienes las voces del televisor.

Ella se detuvo y lo miró fijamente, con sus ojos azules como el cielo.

–¿Qué ocurre? –le preguntó él.

–Nada –respondió ella, y apartó la mirada.

Rick pensó en esa mirada. ¿Habría pensado ella lo mismo que él cada vez que la miraba?

Miró hacia las escaleras. Podrían hacer muchas cosas antes de que Joey volviera de la fiesta de cumpleaños… Saciar su apetito de otra forma más excitante.

Pero ella se dirigió a la cocina y él la siguió.

Kate se paró en la puerta cuando vio la mesa que Rick había preparado. Estaba todo deliciosamente dispuesto, con la porcelana china de Stacy y con velas…

–¿Qué… qué estamos celebrando?

–Que tienes el brazo bien, por supuesto –dijo él apartándole la silla–. Y pensé que podíamos cenar como adultos por una vez, aprovechando que Joey y mi madre no están.

–Pero… no tenías que haberte molestado.

–Lo sé. Pero pensé que sería agradable –apoyó las muletas contra la pared y destapó los platos calientes–. No es nada especial. Asado de ternera, crema de espárragos y de postre, tarta helada de fresa.

Kate no dijo nada mientras él servía la comida, lo que le permitió perderse en sus especulaciones. ¿Se sentiría ella atraída por él?

Por lo que a él le concernía, llevaba fascinado por ella desde que la vio en coma. Pero, ¿cómo reaccionaría Kate si se lo insinuaba? ¿Le recordaría el motivo de su estancia o quizá…?

Sus conjeturas se esfumaron cuando ella agarró las muletas.

–¿Dónde vas?

–A por la sal y la pimienta.

Él se levantó rápidamente y dejó la sal y la pimienta sobre la mesa.

–¿Por qué nunca puedes pedir ayuda? Siempre me tengo que anticipar a ti. Acabarás matándote con esa cabezonería.

–Y eso sería un completo fracaso para ti, ¿no?

–¿Qué quieres decir?

–Nada –dijo ella frunciendo el ceño.

–Maldita sea –dijo él agarrándole la barbilla y haciéndole alzar la mirada–. ¿Qué demonios has querido decir?

–Quiero decir que no importa si pido ayuda o no, porque no es a mí a quien estás ayudando.

–Entonces, ¿a quién se supone que estoy ayudando?

–A Stacy.

–¿Stacy? –tardó unos segundos en reconocer el nombre–. ¿Qué tiene que ver ella con esto?

–Todo, al menos para ti –dijo ella endureciendo la mandíbula–.

Cuando me miras, la estás viendo a ella. Cuando haces algo por mí, lo haces por ella. O quizá por ayudarte a ti mismo.

Rick se quedó tan horrorizado por sus palabras que no reaccionó cuando apartó la barbilla.

¿Cómo podía conocerlo tan bien? ¿Sería por la misma conexión que sintió al principio?

Pensar en ello lo asustó; pero, al mismo tiempo, lo entusiasmó Nunca se había sentido tan próximo a nadie.

Pero si era capaz de leer en su mente, estaba leyendo pensamientos atrasados, porque las motivaciones de Rick habían cambiado. Stacy ya solo era un recuerdo.

–¿Sin verte a ti? –le preguntó él–. Tendría que estar ciego. Te equivocas, angelito. Te equivocas por completo. Stacy ha abandonado mis recuerdos. Es uno de los milagros que has conseguido en mí.

–Yo no soy un ángel –dijo ella tragando saliva, sin apartar la mirada.

–Pareces un ángel… –dijo él con una sonrisa–. Hablas como un ángel…–inclinó la cabeza y le rozó los labios con los suyos.

Solo pretendía que fuese una caricia, pero el contacto lo dejó pasmado. El rumor en los oídos y la falta de respiración le hicieron sentir que volaba hacia el cielo, pero, aunque no quería que aquella sensación acabara, se esforzó por abandonarla.

–Y sabes como un ángel… –dijo con voz profunda.

Los azules ojos de Kate se volvieron increíblemente brillantes.

–¿Te sorprende, ángel Kate? ¿Te asusta mi deseo? Sabes que te deseo, mucho más de lo que he deseado a ninguna otra mujer. Incluso a Stacy.

–Rick… –su voz era dulce y sensual.

Su deseo también era evidente, y Rick se acercó de nuevo, como una mariposa atraída por el néctar de una flor.

–Una vez más, ángel. Un beso más…

–Sí… –dijo ella mirando sus labios.

Él le pasó una mano por detrás de la cabeza y la sostuvo mientras volvía a besarla. Pero esa vez no fue un beso gentil, sino salvaje, apasionado, dejando brotar el deseo que llevaba escondido. El deseo que trataba de negar.

Ella abrió la boca y le rodeó la espalda con los brazos, palpando

sus músculos endurecidos, mientras su lengua tocaba la suya. Por su parte, él la agarró por la cintura, con la intención de levantarla y llevarla a la cama más próxima.

El teléfono resonó estridentemente.

Se separaron de inmediato y se miraron con sorpresa, respirando fuertemente para refrescar el ardor que sentían por las venas.

–Tiene que ser Joey –dijo Kate a la tercera llamada.

–Sí –dijo Rick apartándole un mechón de la sien–. Joey. Eso es. Yo contestaré.

Se levantó y agarró el auricular a la quinta llamada.

–¡Hola, Rick! Soy yo –saludó alegremente Joey.

–Hola, pequeño. ¿Te has divertido en la fiesta?

–¡He ganado un premio! ¿Me enseñarás a batear?

–Bueno, siempre fui mejor receptor, pero podemos intentarlo. ¿Estás listo para volver?

–La señora Alice dice que vendrá por mí. ¿Está mamá?

–Está aquí sentada. Espera un momento.

Mientras Kate hablaba con su hijo, Rick se quedó sentado, pensando en lo que había hecho. Había intentado seducir a una mujer que estaba bajo su cuidado, recuperándose de sus heridas. ¿Cómo podía un hombre caer tan bajo?

Cuando Kate colgó se sentó de nuevo frente a la comida intacta.

–Kate, yo…

–Yo no..

Se callaron a la vez y se miraron a los ojos.

–Lo siento –Rick tomó la iniciativa–. Lo que he hecho ha sido imperdonable.

–Imperdonable no –dijo ella bajando la mirada.

–Entonces, increíblemente estúpido. Te juro que nunca tuve intención de cobrarte nada que hiciera por ti, y mucho menos de esta manera. Créeme. Lo único que quería era… –se pasó una mano por el pelo. Le costaba respirar–. Bueno, para ser sincero… te quería a ti.

–Yo también te he besado.

–Sí, lo sé, por desgracia para mis buenas intenciones.

–Rick…

–Pero te prometo que no volverá a pasar. Sería un hombre despreciable si me aprovechara de esta situación. Además…

–¿Sí?

Él dudó. Hacía tiempo que no hablaba de sus sentimientos con nadie.

–Por lo que sé de ti y de mí, los dos somos incompatibles. Tú insistes en tener una carrera. Yo quiero a una mujer que se quede en casa y cuide de los hijos.

–Esa es una postura un poco arcaica –dijo ella ceñuda–. ¿Sabes cuántas mujeres trabajan fuera de casa hoy en día?

–Sí, y creo que los hijos sufren por ello. La familia entera sufre.

–Es el típico pensamiento machista. Mantener a la mujer ignorante, descalza y embarazada. Pero intenta ponerte en la situación inversa. ¿Cómo te sentirías levantándote cada mañana y que lo más importante que tuvieras que hacer fuera limpiar el aseo? Además, cuando una mujer tiene una carrera, puede desenvolverse por sí misma y por sus hijos. Y con la tasa tan elevada de divorcio que hay, muchas se ven obligadas a hacerlo.

–Estás dándome la razón. Somos incompatibles. No voy a disculparme por cómo soy. Necesito a una mujer a la que le guste que la cuiden, porque eso es lo que me gusta hacer a mí. Pero a ti te molesta incluso si te sirvo un vaso de agua.

–Nunca te he pedido ayuda. Y tampoco pido… compatibilidad.

–Es cierto, no has pedido nada. Y no lo harás si puedes evitarlo. Pero no podrás negar que somos compatibles sexualmente. Yo lo he empezado, pero no me has rechazado.

–Lo sé.

Aquella confesión le recordó el odio de Kate por la ayuda externa.

–Debió de ocurrirte algo muy grave para dejarte marcada esa aversión por recibir ayuda.

–No fue nada –dijo ella encogiéndose de hombros–. Es solo… la forma en que crecí.

–¿Puedes…? –se detuvo, reacio a preguntar, como buen caballero del sur, pero la curiosidad era más fuerte–. ¿Podrías hablarme de tu infancia?

Ella lo observó con detenimiento, como queriendo averiguar su verdadero interés.

–Por favor –insistió él–. Me gustaría saberlo.

–No sé por dónde empezar –dijo ella volviendo a mirar el plato.

–Prueba como David Copperfield. Nací en…

Ella manoseó nerviosa el tenedor durante un rato.

–Nací en Nashville –dijo finalmente–. Mi padre era músico de una banda local, y tocaba en un local donde mi madre trabajaba como camarera. Así se conocieron.

–¿Tu fuiste la hija mayor?

–La mayor y la única. Mi padre se marchó antes de que cumpliese dos años.

–¿Se marchó sin más? –Rick nunca había podido creerse que un hombre fuera capaz de abandonar a su esposa e hijos.

–Eso creo –asintió ella–. No lo recuerdo. Mi madre no trabajaba mucho, y vivíamos sin rumbo fijo. Cuando vivíamos juntas.

–¿Ella también te abandonó? –aquello escapaba por completo de su comprensión.

–No, no exactamente. Pero acabamos viviendo en la calle varias veces y los servicios de asistencia social nos encontraban y me mandaban con una familia adoptiva. Viví en cinco hogares diferentes. En tres de ellos trabajé como una esclava, en otro, el hombre vendía drogas. Y la otra pareja estaba siempre demasiado ocupada para cuidar de mí.

–Maldita sea. No me extraña que no quisieras que el estado se hiciera cargo de Joey.

–Exacto. Me prometí que él jamás pasaría por esa situación. Le prometí que siempre cuidaría de el. Y ahora… aquí estoy.

Rick alargó el brazo y le puso la mano sobre la suya. Tenía la piel fría como el hielo.

–Joey no va a acabar en un hogar adoptivo. Lo estabas cuidando cuando me pediste a mí que cuidara de él. ¿Lo ves? Si pides ayuda, puedes recibirla.

–Sí, pero tú eras un desconocido. No sabía si iba a ser diferente a cualquier otro.

–Sí, lo sabías –le apretó la mano y sintió la conexión–. Tú también lo sientes, ¿verdad?

–Sentir… ¿El qué?

–Hay algo entre nosotros, Kate. Más que la atracción sexual. Lo ha habido desde el día en que nos chocamos. Tu sabías, inconscientemente, que cuidaría de Joey. Y yo… sentía como si me estuvieras hablando en mi mente, mientras estabas en coma.

–No sé de qué estás hablando.
–Kate…
–Dijiste que éramos incompatibles.
–¿Qué hay sobre el padre de Joey? ¿También erais incompatibles?
–Está claro que no –dijo ella apartando la cara.
–¿Por qué está claro? ¿Dónde está? ¿Por qué no te ayuda?
Ella se echó a reír burlonamente.
–¿Mitch ayudando a alguien? Era egoísta hasta la médula.
–¿Dónde está?
–Ni lo sé ni me importa. No lo he visto desde que le dije que estaba embarazada. Aquel día me dijo que abortara. Y luego se marchó y nunca más volvió.
–¿Estabais casados? –preguntó Rick, luchando contra la furia que sentía.
–No. Estábamos en el instituto. Me faltaba un año para graduarme, y tuve que dejar los estudios para ponerme a trabajar.
–¿Cuál es su apellido, Kate? Podemos encontrarlo y…
–No –dijo entrecerrando los ojos–. No quiero nada de él.
–Kate…
–No, Rick. No quiero volver a verlo.
Lo único bueno que Rick había sacado de esa conversación era que conocía un poco mejor a Kate. Lo peor era que, después de saber todo lo que había sufrido, y cómo había salido adelante ella sola, deseaba más que nunca que Joey y ella se quedaran con él. Pero Kate lo hacía sentirse como un monstruo cada vez que intentaba ayudarla.
–Quiero dejar clara una cosa –le dijo él.
–¿Sí? –ella lo miró con reserva.
–No tienes que hacer nada en esta casa por mí, ni por Joey ni por nadie. No espero que me pagues por nada y de ninguna manera. No tienes que cocinar ni ninguna otra cosa. Y, sobre todo, no tienes que… que… Demonios, no tienes que acostarte conmigo. ¿Está claro?
–De acuerdo –dijo ella asintiendo levemente, y se puso a comer.
Tan solo se limitó a llevarse el tenedor a la boca, pero a Rick le pareció un movimiento increíblemente sensual y provocativo. Como todo lo que Kate hacía…

No sabía si estaba enamorándose de ella o si lo estaría ya. Lo único seguro era que enamorarse de Kate Burnett sería lo más estúpido que hiciera en su vida.

Ella no quería lo que él le ofrecía, y él no se conformaba con menos. Si era listo, pondría punto y final a ese alocado sentimiento.

Y sin perder más tiempo.

Joey y Alice llegaron a casa cuando estaban acabando de cenar. Alice sonrió al ver la mesa preparada, y Kate supo lo que estaba pensando. Si Joey no hubiera llamado, los habría pillado en una situación bastante embarazosa.

Joey les contó la fiesta mientras comía tarta de fresa, pero Kate solo pensaba en lo que había estado a punto de suceder. ¿Qué le estaba ocurriendo? Con un solo beso se había olvidado de todos sus principios y promesas.

Pensó en su relación con Mitch. Lo único bueno que sacó de ella fue a Joey. Por lo demás, tuvo que conformarse con un trabajo miserable para poder mantenerse con lo mínimo.

¿Qué sacaría de una relación con Rick?

Lo miró mientras hablaba con Joey. Tenía que reconocer que sería un padre perfecto.

Miró la tarta a medio comer, y de nuevo sintió la conexión.

Cuando Rick le había preguntado si había sentido lo mismo, Kate se sorprendió tanto que solo pudo negarlo.

Creía a Rick. O, al menos, quería creerlo. Pero no sabía lo que realmente quería. ¿Ser el padre de Joey? ¿Por eso la estaba seduciendo?

Sintió un escalofrío. ¿Habría sido todo una farsa?

–¿Tienes frío? –le preguntó Rick.

Se daba cuenta de todo.

–Estoy bien.

–¿Estás segura? Puedo encender la calefacción.

–Ya has hecho bastante –dijo ella metiendo la cuchara en la tarta–. Muchas gracias.

Joey le tiró a Rick de la manga, y él apartó la vista de ella.

Aliviada por no ser el centro de atención, lo observó en silencio cómo le prometía a Joey que lo llevaría a ver a los Redbirds.

Siempre estaba haciendo algo por ellos, y parecía feliz de hacerlo. Y nunca mencionaba que quisiera algo a cambio. ¿Sería sincero?

Tal vez fuera el momento de comprobarlo.

Capítulo 9

Voy a la cocina –dijo Rick una hora más tarde–. ¿Os traigo algo? –preguntó, mirando más a Joey que a Kate.

Era el momento.

Kate respiró profundamente, y se dio cuenta de la táctica.

–Sí –respondió cuando Rick ya se marchaba. Él se paró y se giró lentamente.

–Estás bromeando –dijo incrédulo.

–¿Serías tan amable de traerme un vaso de agua? –preguntó ella.

–Claro –dijo él arqueando una ceja–. ¿Algo más?

–Con hielo, por favor –aquello sería una buena lección para Joey.

–¿Y tú, Joey?

Joey miró a Kate.

–Está bien, cariño –asintió ella.

–¿Puedes traerme agua a mí también, por favor?

–Desde luego, pequeño –dijo Rick suavizando la expresión.

Algunos minutos después Rick volvió con tres vasos de agua con hielo y se los tendió.

–Gracias –dijeron a la vez madre e hijo.

–De nada –respondió Rick, y se sentó en el otro extremo del sofá.

Kate tomó un pequeño sorbo. En realidad no tenía sed. Aquello era solo una prueba.

Una prueba para ver cuánto le costaba pedir ayuda.

Y había podido. No fue tan duro como pensaba. Pero tenía que comprobarlo pidiendo algo más… que sería una prueba para Rick y a lo que se negaría con toda seguridad.

Cuando acabó el programa, le leyó un cuento a Joey, y Rick lo subió a la cama.

–¿Te importaría si mañana voy al trabajo? –le preguntó al bajar de nuevo–. Tengo que ocuparme de algunas cosas.

–Claro que no –no podía creerse lo que estaba oyendo–. No te

hace falta mi permiso. De hecho, me alegra que finalmente vayas a trabajar.

–¿Contenta de librarte de mí por algunas horas? –le preguntó con una sonrisa encantadora.

–Nada de eso. Me siento culpable por haberte causado tantos problemas.

–Me gustan los problemas –susurró él. El color marrón de sus ojos parecía derretirse como el chocolate fundido, y sus palabras la hicieron estremecerse y recordar el beso.

Lo estaba haciendo a propósito. Ella tenía que concentrarse en su prueba.

–Me alegra que lo pidas, porque necesito una cosa.

–¿Me estás pidiendo que haga algo por ti? –preguntó él, cambiando al canal de la CNN.

–¿Qué haces?

–Quiero ver a los cerdos voladores –respondió él muy serio.

–Ja, ja –aquella prueba estaba siendo más dura de lo previsto–. Cerdos voladores aparte, necesito una cosa. Me he dado cuenta de…

–¿Qué? Dímelo –parecía muy ansioso por saberlo.

–De que necesito algunos… productos femeninos –listo. Había conseguido pedirlo.

–¿Los necesitas para esta noche?

Esa vez fue Kate quien se sorprendió. Su petición no lo había escandalizado para nada. A la única persona a quien se lo había pedido antes fue a Mitch, y se había negado rotundamente.

–Mmm, no. Puedo esperar a mañana –sería mejor por la mañana. Le resultaría más embarazoso cuanta más gente hubiera en la tienda.

–Como quieras. ¿Qué necesitas?

–No me los vas a comprar tú, ¿verdad? Vas a pedirle a Alice que lo haga.

–No me importa hacerlo yo. Solía comprar para Stacy. Escríbeme exactamente la marca que necesites. Hay muchas clases para elegir.

–¿No vas a quedarte trabajando todo el día?

–Solo por la mañana. Nos veremos después.

–No estás seguro de que no cometa ninguna estupidez.

–Joey estará contigo, y puede llamarme si haces algo. Estaré

aquí en diez minutos.

–Estaré bien –insistió ella.

–Sí –dijo, y de pronto su buen humor se esfumó. Se apartó y recogió el libro que estaba leyendo–. No siempre lo estás.

A Kate se le bajaron los humos en seguida. Estaba claro que lo había decepcionado, pero, ¿qué esperaba? ¿Qué le dijera que podía vivir sin él?

Podía vivir sin él. Lo había hecho durante veinticinco años. Podría hacerlo durante algunas horas más.

Recogió su propio libro y fingió que leía.

Ojalá la decepción de Rick no la hiciera sentirse a ella tan… decepcionada.

Cuando, al día siguiente, Rick entró en casa, lo primero que notó fue el delicioso olor a pollo que llenaba el vestíbulo. Lo siguió hasta la cocina, y descubrió a Kate removiendo algo en una cacerola.

–¡Hola, Rick! –lo saludó Joey desde la mesa donde estaba practicando su caligrafía.

–Hola, pequeño –dejó la bolsa marrón con los productos en la encimera, junto a Kate–. ¿Qué estás haciendo?

–Remuevo la sopa.

–¿Qué sopa? Yo no he hecho ninguna sopa.

–La he hecho yo.

–¿Por qué?

–Por muchas razones. Porque estaba aburrida. Porque le viene muy bien a Joey por su resfriado. Pero, sobre todo, porque me apetecía sopa de pollo.

–Kate, te dije anoche que…

–Cállate, ¿quieres? –tapó la cacerola y lo miró–. Voy a volverme loca de estar todo el día sentada, sin nada que hacer.

–Te dije que no tenías que cocinar ni que limpiar.

–Lo sé –dijo, y se fijó en la bolsa–. ¿Es eso…?

–Sí.

–Oh –exclamó ella con los ojos muy abiertos–. Gracias.

–De nada –si Joey no hubiera estado allí, habría hecho algo realmente estúpido.

–Esto… necesito un poco de sal, por favor. ¿Puedes

alcanzármela?

Rick tomó el salero y, al volverse para dárselo, la vio con el ceño fruncido.

Lo estaba poniendo a prueba.

La primera impresión que tuvo Rick fue de enojo. Kate no creía que lo estuviera ayudando a cambio de nada. Pero entonces recordó la opinión que tenía Kate de las personas. Su desconfianza demostraba la falta de amor que había sufrido. Pero, en vez de sentir lástima por ella, pensó que tal vez podría ser él quien…

No, no podía enamorarse de ella. El amor tenía que ser recíproco en una relación, y tenía que estar basado en la confianza.

Aunque… él podía enseñarle a valorar la confianza.

Él también la tendría a prueba. Si ella quería saber cuánto podía pedirle sin dar nada a cambio, él comprobaría cuánto podría aceptar ella sin insistir en dar nada a cambio.

Si le hubieran gustado las apuestas, habría apostado a que no sería mucho.

En los días siguientes, Rick deseó que alguien hubiera cubierto su apuesta. Cada vez que hacía algo por Kate, ella hacía algo por él al instante.

Una vez que llevó a Joey al peluquero, se encontró al volver con las sábanas cambiadas y con el baño reluciente. Cuando le trajo a Kate un traje de seda que su madre le había comprado para las entrevistas, se encontró con la colada hecha, y con todos los botones y costuras cosidas.

Y cada vez que volvía a casa por la noche, lo recibía un olor delicioso. Se preguntó de dónde sacaría Kate todos esos ingredientes para cocinar tan bien, pero pronto descubrió por Joey que era Alice quien se los traía. Aunque las motivaciones de su madre fueran distintas; ella pensaba que a un hombre se le ganaba por el estómago.

Probablemente, la única razón de que la casa no estuviera limpia de rincón a rincón, era que Kate todavía andaba con muletas.

Por otro lado, Kate seguía probándolo a él.

«¿Te importaría pasarte por la biblioteca y sacar algunos libros para Joey?»

«¿Podrías llamar a la gente que ocupó mi apartamento y preguntar si han recibido correo para mí?»

Cada vez que Kate le pedía algo, Rick sentía ganas de reír. Sus demandas no le suponían apenas esfuerzo, pero era incapaz de hacérselo ver. En cierta ocasión, el día antes de que le quitaran la escayola de la pierna, Rick le llevó las cartas que habían llegado al lóbrego apartamento que iban a ocupar Kate y Joey.

–¿Dónde está Joey? –preguntó, al darse cuenta de que el chico no estaba con ella.

–¿Dónde va a estar? –murmuró Kate–. Con Alice.

–Ah, sí. Mi madre me dijo que quería llevarlo a ver la última película de Disney, ¿no es así?

–¿Mmm? –estaba concentrada en el correo–. Oh, no, ya han visto todos los estrenos.

Rick se puso a mirar su propio correo. Al acabar, vio a Kate preocupada.

–¿Pasa algo malo?

–No hay nada de la compañía de seguros. Ha pasado más de un mes desde el accidente, y ya tendrían que haberme comunicado algo.

–¿Algo como qué? –preguntó él, intentando mantener una expresión objetiva. Kate no había recibido noticias porque él había contratado a un abogado para que se hiciera cargo de todo.

–No lo sé. Alguna notificación de pago, al menos.

Rick suspiró. Tendría que decírselo alguna vez. Sería otra prueba para ella. La definitiva.

–Ya se han resuelto muchas cosas –le dijo él–. Solo hay que esperar el cheque de la compañía de seguros del conductor que te golpeó.

–¿Cómo es posible? Pensé que el asunto iba a llegar a los tribunales.

–No tienes que preocuparte por nada –dijo él sentándose–. Contraté a un abogado para que se encargara de todo este jaleo.

–¿Y qué pasa con la nómina?

–Se ha cancelado.

–¿Quién ha tomado esa decisión?

–Yo. Tu seguro pagaba los daños a mi coche, así que lo arreglé todo para que la cantidad a desembolsar fuera la misma.

–Eran más de quinientos dólares.

–Lo sé

En vez de explotar, como él esperaba, Kate se quedó mirándolo en silencio por un largo rato. No parecía sorprendida, pero si escéptica. Y entonces empezó a llorar.

Desconcertado, él se levantó y se sentó a su lado. La abrazó y ella no se resistió.

–No quería hacerte llorar, preciosa Kate.

–Lo sé. Lo has hecho por ella.

–¿Por quién? Oh, te refieres a Stacy.

–¿Hasta cuándo te sentirás culpable de su muerte, Rick?

Él apoyó la mejilla sobre sus cortos cabellos y se dio cuenta de lo culpable que se sentía. Pero había algo cierto que antes no sabía. Stacy murió por una razón. Si siguiera viva, nunca habría conocido a Kate ni a Joey.

Y no podía imaginarse eso.

No es que se alegrara de su desaparición, pero al fin, después de tres largos y solitarios años, dejaba su recuerdo atrás.

Y eso no le hacía sentirse culpable. Se sentía a salvo, y el alma de Stacy también sería libre para subir al cielo.

La liberación que lo invadió hizo que abrazara más fuerte a Kate.

–Ya ha pasado, Kate.

–¿Lo dices en serio? –preguntó ella sorprendida, levantando la cabeza.

–Tenías razón sobre mis motivaciones. Tu accidente se parecía demasiado al de Stacy. Todo lo que podía hacer era conseguir que despertaras y me hablaras. La culpa me guiaba. Al principio lo hacía por Stacy, pero también por ti. Luchaste muy duro contra la muerte, ella no. Y también quería ayudar a Joey. La relación que tienes con tu hijo es preciosa, y yo quiero preservarla a toda costa. Y tú y Joey me habéis ayudado a mí también. ¿No lo ves? Espero que siempre seamos amigos.

La palabra «amigos» sonó fuera de lugar. Pero era todo lo que podrían ser.

–Estoy segura de ello. No me imagino a Joey sin Alice ni tú. Significáis mucho para él.

–Joey es un chico extraordinario. Curioso, listo y hábil –apretó

su espalda contra su pecho–. Y tu extraordinario hijo significa que tú eres una madre extraordinaria.

Ella suspiró y se relajó contra su pecho.

–Gracias.

–Es cierto –dijo él, y le besó el pelo–. Me has sorprendido, ¿sabes? Pensé que iba a enfurecerte con lo del abogado.

–¿Me permitirás que te pague?

–No.

–De acuerdo. Me rindo, Rick. Tú ganas el título de cabezota. No hay modo de pagaros a tu madre y a ti lo que habéis hecho.

–Sí hay un modo –dijo él. El corazón le latía de emoción y de orgullo. De orgullo hacia ella.

–¿Cómo?

–Solo tienes que decir «gracias» –dijo él sonriendo.

–Gracias –dijo ella sonriendo de felicidad.

Rick sintió que había recibido el regalo más precioso de la Tierra.

Capítulo 10

Rick entró en la iglesia siguiendo a los dos chicos, Joey y Mike. Lo habían acompañado a recoger un jersey para Kate. La encontró sentada donde la había dejado, rodeada por un grupo de mujeres mayores. Estaba hablando con Andrea, la madre de Kate, que estaba a su izquierda. Alice estaba a su derecha. Rick las había dejado hablando sobre el color de las alfombras, pero era muy posible que hubieran cambiado el tema por otro de actualidad política, o sobre los hijos o la vida en general.

Rick no asistía a las reuniones sociales mensuales desde que Stacy murió. Pero se daba cuenta de que las echaba de menos. Sus amigos, las viejas charlas…

Kate lo miró y sonrió, y Rick le devolvió la sonrisa. Gracias a ella, estaba él allí.

–Gracias –murmuró ella mientras le ponía el jersey por los hombros–. No pensé que fuera a hacer tanto frío por la noche.

–Nunca se sabe lo que deparará el tiempo en esta época del año –dijo la señora Pruffit.

–Además, este suelo es muy frío –dijo Andrea–. Aunque en verano es muy agradable.

–Se me olvidó advertírselo –dijo Rick devolviéndole las llaves a Alice

–Los hombres no suelen sentir frío, ¿verdad? –comentó Andrea.

–Bah –espetó la señora Pruitt–. Si hubiera venido más a menudo, lo habría sabido. Hay demasiadas señoras aquí quejándose del frío.

–Tiene razón, señora Pruitt –dijo Rick con aparente arrepentimiento–. Me esmeraré.

–Y traiga a esta encantadora joven y a su adorable hijo –continuó la señora Pruitt–. Ya es hora de que vuelva a hacer un poco de vida social, y en la iglesia también.

–Sí, señora –dijo Rick, inclinándose para retirar el plato vacío del regazo de Kate–. ¿Quieres que te traiga algo más?

–No, gracias. Estoy…

–Tráele un poco de helado –sugirió Alice–. Nina lo ha hecho de melocotón esta vez. A ver si conseguimos que engorde un poco, ¿no te parece, Rick?

–A mí me parece que está preciosa así, pero traeré el helado, de todas formas.

Kate vio cómo se alejaba y frunció el ceño.

«A mí me parece preciosa así».

¿Qué quería decir ese comentario? Solo eran amigos, y los amigos no decían esas cosas. Por lo menos, no los amigos que había tenido.

Vio cómo se paraba a hablar con mucha gente conocida. Alice le había contado que él y Stacy se criaron en esa iglesia.

Joey corrió hacia él y le tiró de la manga para preguntarle algo. Rick asintió y Joey volvió a irse adonde lo esperaba Mike, mientras Rick seguía hablando con un hombre.

Fue la típica escena entre un padre y un hijo. A Kate se le encogió el corazón. Joey necesitaba un padre. El padre que nunca tuvo.

Todo aquello parecía tan normal… Rick era tan normal. Su hijo y ella jamás habían disfrutado de una vida normal. Una vida con dinero, trabajo y una casa para vivir.

Una vida normal era todo lo que ella quería.

Entonces se dio cuenta de que estaban viviendo mejor que nunca. Tenían más que suficiente para comer y para vestir. Su vida era más normal que nunca… gracias a Rick.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y el corazón de gratitud. Era todo lo que deseaba,

El lunes, con suerte, le quitarían el yeso de la pierna. ¿Acabaría la normalidad con eso?

Era muy duro pensar que, en pocos días, tendrían que marcharse. Y era duro creer que él fuera a permitirlo.

Miró a su alrededor y vio que todas las mujeres la observaban sonrientes, mientras cuchicheaban entre ellas. Kate sabía lo que estaban pensando. Que Rick, Joey y ella parecían formar una familia.

Pero todas se equivocaban.

Afortunadamente, Alice sacó otro tema de conversación y Kate se lo agradeció mentalmente. Aunque Alice pensaba lo mismo que

las otras.

Cada día le costaba más convencerse de que nada era como parecía. Incluso le costaba cada vez más intentarlo.

–Está bien, Kate –dijo el doctor Lowry tras quitarle la escayola–. Vamos a ver si puedes apoyar la pierna.

A Rick le costó permanecer quieto mientras Kate bajaba de la camilla y pisaba el suelo con ambas piernas.

–Será mejor que te sostengas en algo –dijo el doctor. Al oír eso, Rick se acercó y le ofreció su brazo, que Kate tomó sin pensar.

–Duele un poco –dijo Kate cuando dejó caer más peso en el pie izquierdo–, pero se puede aguantar.

–No creo que el dolor venga del hueso –dijo el doctor–. Tus músculos y tendones tienen que acostumbrarse de nuevo al movimiento.

–Estaré bien –siempre decía lo mismo, aunque supiera que no lo estaba,

–Si el dolor es muy fuerte, puedes tomar algún analgésico. También es conveniente que hagas un poco de ejercicio, pero moderadamente. Quizá te lleve una semana recuperarte.

–Solo una semana –le dijo Kate a Rick, con una sonrisa.

Él intentó devolverle la sonrisa, pero no pudo. «Solo una semana». «Solo una semana» hasta que Kate se marchara. «Solo una semana» para seguir escuchando las risas y las preguntas de Joey. «Solo una semana» para quedarse otra vez solo.

–¿Qué pasa? –le preguntó Kate–. Volverás a tener la casa para ti solo. Piensa en la paz y en la tranquilidad.

Paz y tranquilidad… en «solo una semana».

–No puedo esperar –dijo con tono sarcástico, y se volvió para abrir la puerta.

«Paz y tranquilidad» era otro modo de decir «soledad».

–De eso nada –dijo Rick–. Hace demasiado frío para dar un paseo.

–Pero si hoy hacía una temperatura magnífica.

–Puede, pero cuando oscurece, el termómetro baja

considerablemente.

–Me da la sensación de que, cada vez que sugiero ir a dar un paseo o hacer otra cosa para fortalecer mi pierna, intentas hacerme desistir.

–Eso no es cierto.

–Ni siquiera has llevado mi cama al piso de arriba.

–Preferiría que no andaras bajando y subiendo las escaleras mientras yo estoy fuera. ¿Qué pasaría si te fallan las fuerzas y te caes?

–Mami está subiendo las escaleras todo el tiempo –dijo Joey, cerrando su libro.

–¿Cómo? –la miró entrecerrando los ojos–. ¿Por qué?

–Porque arriba es donde está la ropa sucia. Por eso.

–¿Cuántas veces tengo que decirte que no tienes que limpiar nada?

–Ya me lo has dicho un millón de veces, por lo menos.

–Entonces, ¿por qué insistes en…?

–Escúchame, cabezota. Siempre me estás repitiendo que te permita ayudarme. Pero cuando soy yo la que intenta ayudarte, armas un escándalo.

–Kate… –se acercó a ella.

–Oh, vete a freír espárragos. Si quiero hacer algo por ti, tengo derecho a hacerlo.

–Sí, claro –repuso él con disgusto–. Para pagarme.

–No, para facilitarte un poco las cosas. Para que tengas más tiempo para jugar a las damas con Joey. Quizá algún día te des cuenta de que lo hago por ti, no para pagarte.

–¿Podemos jugar a las damas esta noche, Rick? –preguntó Joey.

–Claro, Joey –dijo Rick mirando a Kate–. Cuando volvamos del paseo.

–¿Salimos, entonces? –preguntó ella.

–En seguida –dijo él, y le pasó un dedo por la barbilla–. ¿Lo dices en serio?

Ella apenas pudo reprimir el estremecimiento que sintió al tacto.

–¿El qué? ¿Qué quiero ir a pasear?

–Que si me ayudas es por mí, no para pagarme –dijo él con una sonrisa.

–¿Importa eso?

–Muchísimo.

–Bueno… –suspiró–. Es solo que… me he dado cuenta de lo que os gusta a Joey y a ti tener las cosas hechas, y a mí… me gusta que las tengáis.

–Así es como funciona una relación –se acercó a ella y le puso las manos en los hombros–. Haces cosas por los demás solo porque quieres hacerlo, para hacerle la vida más fácil a tu pareja, como has dicho, para que tenga más tiempo libre, para hacerla sonreír…

–Eso es lo que siempre he oído –Kate estaba fascinada por la intensidad de su mirada.

–¿Nunca has tenido a nadie que hiciera las cosas por ti, sin el menor interés?

–Solo Joey –suspiró y bajó la vista a sus labios–. Y tú.

–Me gusta ayudarte –él le pellizcó la barbilla y le hizo levantar la cabeza.

–Lo sé –dijo ella con dificultad.

–Y todo lo que tienes que hacer si necesitas algo es pedirlo –le acarició el labio inferior.

–Lo sé –dijo con voz casi inaudible, esperando el contacto de sus labios…

–¿Vas a a besar a mami, Rick?

Rick se echó a reír y levantó la mirada. Kate contenía la respiración.

–¿Debería hacerlo?

–Si quieres… La señora Alice siempre me pregunta si os habéis besado ya.

–¿La señora Alice te pregunta eso de verdad? –preguntó Rick poniéndose rígido.

Kate se cubrió las mejillas, que le estaban ardiendo.

–Mmm… –pensó Joey–. Pues sí, me lo pregunta todos los días.

–¿Y tú qué le dices?

–Que nunca os he visto besaros –dijo el chico encogiéndose de hombros–. ¿Vamos a dar un paseo?

Rick se volvió a Kate.

–¿Te sigue apeteciendo?

–Desde luego.

–Te traeré tu abrigo. Fuera hace bastante frío.

–De acuerdo –aceptó ella con una sonrisa–. Gracias.

Él le devolvió la sonrisa.

–En seguida vuelvo.

–No te alejes demasiado –le gritó Rick a Joey– .Quédate donde podamos verte.

–¡Sí, señor! –respondió el chico.

–Eso quiere decir que te pares en la esquina y nos esperes allí –añadió Kate.

–¡Sí, señora!

–Como no obedezca –le dijo a Rick–, va a ir derechito a la cama en cuanto lleguemos a casa –nada más decirlo, se puso colorada. Había dicho «a casa»–. ¿No te parece que el cielo está precioso esta noche? –se apresuró a decir para distraerlo.

–Mmm… –él le brindó una cálida sonrisa y le tomó las manos–. Las noches despejadas y frescas son las idóneas para ver lo que no te dejan ver las luces de la ciudad.

Kate murmuró algo corroborándolo, mientras sentía el calor invadiendo su cuerpo. Rick entrelazaba sus dedos con los suyos, pero la conexión era más que física. Era lo que la hacía sentirse finalmente en casa.

Lo amaba.

El pensamiento fue tan cierto como repentino, y Kate tropezó. Al instante, Rick la agarró por la cintura.

–¿Qué pasa? ¿Te duele la pierna?

–No, está bien –el calor aumentaba–. No me duele nada.

Pensó que tendría que estar huyendo de aquel hombre y de la relación que le ofrecía, pero Rick no le había dado elección. La había tomado a su entero cuidado y ella había acabado enamorándose de él.

Rich no se parecía en nada a Mitch. Era un hombre de familia, responsable, atento, generoso… Un hombre que quería a una esposa que no trabajase fuera de casa, y que cuidara de los hijos, y de él también.

¿Podría hacerlo ella? ¿Podría abandonar por completo su independencia? Lo amaba pero, ¿lo amaba lo suficiente para confiarle su futuro?

¿Y qué pensaría Rick?

«Somos incompatibles», le había dicho dos semanas atrás. Pero también le dijo que le daría todo lo que necesitara.

Ella lo necesitaba a él. Pero también quería saber cuál era su lugar en el mundo. ¿Podría darle Rick ambas cosas? ¿La amaría él también lo suficiente? Una conexión tan fuerte tenía que ser recíproca… Pero, ¿querría una relación de verdad con ella?

Semanas atrás, Kate se habría negado a semejante posibilidad, convencida de que Rick lo hacía por Stacy. Pero él decía que eso había cambiado y que las memorias quedaban atrás.

Entonces, ¿por qué no le decía que la amaba? ¿Seguiría pensando que ella no quería recibir ayuda de ningún tipo?

Ella también había cambiado. Y él lo sabía. Pero tendría que demostrárselo.

Y lo haría pidiéndole algo realmente importante. Algo como…

Encontrar un trabajo.

Sí. Eso sería perfecto. Por su respuesta, sabría cuáles eran sus sentimientos. Si se ofrecía a ayudarla, sabría que Rick era una persona que ayudaba a cualquiera que lo necesitase.

Pero creía… y deseaba… que en vez de ayuda le ofrecería su corazón.

Capítulo 11

A la mañana siguiente Rick se encontró a Kate y a Joey en la mesa de desayuno y, como siempre hacía, se quedó observándolos desde la puerta.

Joey contemplaba los pájaros por la ventana mientras bebía un vaso de leche, y Kate leía el periódico. El olor a café y panecillos calientes llenaba el ambiente.

–Buenos días –lo saludó Kate sonriéndole.

–¡Hola, Rick! –exclamó Joey sonriendo también.

–Buenos días a los dos –se acercó a la hornilla y tomó un panecillo–. ¿Desde cuándo estáis levantados? Mmm… Están deliciosos. La mantequilla de cacahuete es mi favorita.

–La mía también –dijo Joey–. ¿Puedo tomar panecillos, mami?

–Claro, cielo. Por supuesto que puedes –empezó a levantarse, pero Rick la detuvo.

–Yo lo haré.

–Gracias –dijo ella–. El café ya está listo.

–Sí, lo he olido al despertar. Por eso me he duchado tan rápido.

–No hace falta mucho para hacerte feliz, ¿verdad? –dijo ella riendo.

–No –dijo él, pero poniéndose muy serio–. Soy un hombre sencillo con gustos sencillos.

«Te necesito a ti», quiso decirle, pero no quería asustarla.

–Eso está bien –confirmó ella ruborizándose. Tenía que haber leído otra vez su mente.

Rick sirvió los panecillos en platos pequeños y le tendió una taza de café a Kate.

–Gracias –dijo ella sorprendida.

–De nada –dijo sirviendo otra taza para él mismo. Desde que Joey estaba allí, Rick observaba escrupulosamente sus buenos modales. Los chicos aprendían muy rápido.

Cuando se sentó a la mesa, buscó las páginas de deportes del periódico, pero no pudo encontrarlas. Solo entonces se dio cuenta

de lo que estaba leyendo Kate.

–Estás buscando en los anuncios clasificados.

–Sí, estoy buscando un trabajo.

–Pero… –quiso decir algo, pero sabía que no tenía derecho. Al menos, no buscaba una casa.

–Pero, ¿qué? Ah, sí, las páginas de deportes están al principio de esta sección, ¿verdad? –empezó a doblar las hojas–. Toma. Ya buscaré luego. A menos que…

–¿Qué? –preguntó él esperanzado.

–Sé que tienes muchos contactos a través de Data Enterprises. ¿Sabes si alguien necesita un contable? También podría trabajar como secretaria. Soy muy buena mecanografiando.

Rick se quedó horrorizado. ¿Kate le pedía ayuda para encontrar trabajo? ¿Por qué no le pedía simplemente que dejara entrar de nuevo a los fantasmas? Había conseguido liberarse de la sombra de Stacy. Pero, ¿qué pasaría cuando Joey y Kate se marcharan?

–No –la palabra se le atragantó y tuvo que beber un trago de café ardiente, quemándose la garganta–. No conozco a nadie que necesite… a ti.

«Solo yo».

–Oh, muy bien –dijo ella–. Pero no tienes por qué decirlo así, ¿no crees?

–Lo siento, yo…

–Si no quieres ayudarme, solo tienes que decirlo.

Estaba muy confundida. La noche anterior Rick le dijo que si necesitaba algo, solo tenía que pedirlo. Y esa mañana lo había hecho. Le había pedido algo importante.

–Yo… –dijo él casi sin poder respirar–. Tengo que irme.

–Rick…

–Tengo que ver a mi madre de camino al trabajo. Ya hablaremos después.

–¡Adiós, Rick! –se despidió Joey con expresión radiante.

Rick se paró y lo miró. Quería mucho a ese chico. Entonces bajó la mirada y vio que Kate lo observaba impasible. A ella la quería todavía más.

No quería que se marcharan. Eran una familia. Eran su familia.

No, no lo eran. Tenía que dejar de pensar en ello. Kate quería una carrera, y eso significaba que no confiaba en él, ni en que

estuviera siempre a su lado.

El dolor fue tan agudo que le cortó la respiración. Quiso huir, esconderse en el agujero de soledad que también conocía.

Pero la quería, y no podía negarse a su petición. Tenía que darle lo que necesitara, incluso si eso no fuera él.

De pronto se le ocurrió una idea. Había un modo de conseguirlo todo.

Quizá lo único que necesitara Kate fuera tiempo. Él creía conocerla desde siempre, pero a lo mejor ella no sentía aún la conexión del mismo modo. Necesitaba tiempo para desenvolverse por su cuenta, y para echarlo de menos…

La esperanza lo animó, y volvió a sentarse.

–Pensé que Alice quería verte –dijo ella arqueando una ceja.

–Esto es más importante. Tú eres más importante.

–Gracias –dijo ella con una sonrisa.

–De nada. Muy bien. Hablemos. Tú quieres un trabajo, y yo tengo uno que ofrecerte.

–¿Qué? –su sonrisa se desvaneció–. ¿Qué quieres decir?

–Mi secretaria lleva meses quejándose de exceso de trabajo. Se encarga de todo el papeleo de la oficina, facturas, informes… Todo. Podrías serle de gran ayuda.

–Tú… –parpadeó sin poder creérselo–. ¿Me estás ofreciendo trabajar en Data Enterprises?

–Eso eso. Se paga mejor que el trabajo que perdiste. Somos una pequeña compañía, pero con beneficios. Diez días de vacaciones al año, dos semanas al año siguiente, y una semana de baja por enfermedad.

–Ya veo –dijo ella bajando la mirada–. Suena… muy bien.

–Creo que te gustará trabajar ahí. ¿Qué dices?

Ella lo miró, y el vio su mirada dolida, como si le hubieran roto el corazón.

–Digo que no soy tan patética como tú pareces creer.

–¿Patética? –se enderezó en la silla–. Yo no he dicho eso…

–No tienes que crear un trabajo para mí, señor McNeal. Puedo conseguir uno, uno de verdad, por mí misma. Soy una buena trabajadora. Mi ex jefe podría confirmártelo.

–Estoy seguro de ello. Pero este es un trabajo de verdad. Judy lleva meses pidiendo ayuda, pero con el accidente y todo lo demás,

no he tenido tiempo de…

–Claro. Y lo más conveniente era esperar hasta este momento.

–¿Qué hay de malo? Me has preguntado si conozco a alguien que necesita tu ayuda. Yo la necesito.

–Sí, mami. Rick te necesita.

–Joey, por favor, sube a tu cuarto y haz la cama.

–Lo haré luego, mami. Quiero quedarme aquí.

–Joey, por favor. Sube ahora mismo.

El chico miró a Rick.

–¿Tengo que irme?

–¡Joey! –exclamó Kate dolida.

Rick estaba asombrado de que el chico se hubiera dirigido a él, igual que un niño que se refugia en su padre cuando su madre lo reprende.

–Obedece siempre a tu madre, Joey –le dijo.

–Ohhh. Sí, señor –bajó lentamente de la silla y se retiró con desgana.

–Gracias –dijo Kate cuando lo oyeron subir las escaleras.

–¿Por apoyarte? Es lo que hace siempre una pareja. No pretendo separar al niño de ti. Solo quiero que entres en razón.

–¿En razón? –preguntó sarcástica–. ¿Aceptar un trabajo que preparas para mí? No es lo mejor para mi orgullo, ni tampoco para el bien de la empresa. Imagina la opinión que tendrían tus empleados de ti.

–De todos modos, alguien tendrá que hacer ese trabajo. Data Enterprises está creciendo, y necesitamos contratar a más personal. Tú podrías ayudarme muchísimo, y me ahorrarías bastante tiempo en buscar a alguien de confianza. Y tú también ganarías tiempo. Sabes que pueden pasar meses hasta que encuentres un buen trabajo –ella no dijo nada. Se limitó a mirarlo con expresión inescrutable–. Piensa en ello. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –dijo ella, y bajó la mirada a la mesa.

–Creo que me quedaré hoy en casa –suspiró él recostándose en la silla. Estaba muy tenso.

–¡No! –exclamó casi gritando–. ¿Cómo puedo pensar en ello contigo aquí? Vete, por favor.

Él la observó por un momento, pero no consiguió deducir nada.

–Está bien. Pero volveré temprano a casa. Sobre las tres.

Ella asintió, pero no quiso mirar cómo se marchaba.

A Kate no le hacía falta pensar en la oferta. No podía trabajar para Rick.

No confiaba en él, ni en que se quedara para siempre. Ni siquiera confiaba en su amor.

Por eso necesitaba un trabajo propio, no uno en el que siguiera dependiendo de él.

Pero eso… ¿significaba que ella no lo amaba? Tal vez fuera eso. Tal vez Kate no pudiera amar a nadie en su vida, salvo a Joey.

Empezó a llorar, pero se contuvo. Las lágrimas no la ayudarían, y además, tendría que explicarle a su hijo por qué tenía los ojos rojos.

Tenía que hacer algo. Algo bueno que la hiciera sentirse otra vez dueña de su vida.

Lo único que podía hacer era marcharse.

De nuevo quiso llorar, atenazada por el miedo.

No podía quedarse.

Rick no la amaba. Necesitarla no era amarla. En ella y en Joey seguía viendo, y siempre lo vería, la reencarnación de Stacy y del hijo que perdió. Jamás podría llenar su ausencia.

Pero, ¿cómo iba a marcharse? No tenía dinero ni amigos, ni recursos de ningún tipo.

«Pedid y recibiréis».

Eso dijo el sacerdote el domingo. Solo había un modo de comprobarlo. En realidad, sí tenía amigos en Memphis. Tenía a Alice y a Andrea, y a otras mujeres de la iglesia. Podría llamar a Alice y preguntarle si conocía a alguien que alquilase una habitación.

Agarró el teléfono, pero dudó antes de marcar. Alice era la madre de Rick. ¿La ayudaría a huir? ¿No sería mejor llamar a Andrea?

Finalmente se decidió por Alice. No parecía una mujer que le fuera a poner problemas.

–¿Diga? –contestó Alice.

–¿Alice? Soy Kate.

–Hola, querida. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que vaya a recoger a

Joey?

–No, bueno, sí, pero por algo especial.

–¿De qué se trata?

–Vamos a marcharnos.

–¿Cómo? ¿Joey y tú? ¿Hoy?

–Sí, Alice. Sé que quieres que me case con tu hijo, pero Rick siempre amará a Stacy.

–Sí, por supuesto, pero eso no significa que no pueda amarte también a ti,

–No me ama.

–¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él?

–Me lo ha demostrado de la forma más clara. Me ha ofrecido un empleo.

–¿Un empleo? ¿En Data Enterprises? ¿Y qué tiene eso de malo?

–Que no confía lo bastante en mí para ofrecerme su corazón. Pero también soy yo, Alice. Ninguno de los dos estamos preparados para un compromiso así. Necesito irme.

Alice suspiró.

–Estaré ahí en una hora.

–¿Sabes si alguien podría alquilarnos una habitación a Joey y a mí por algunas semanas?

–Os quedaréis conmigo –replicó ella. Parecía ofendida por la pregunta de Kate.

–¿Pero y las obras…?

–Están detenidas. Estoy esperando que manden la instalación que pedí para el baño.

–¿Pero estás segura de que tienes espacio para nosotros?

–Si no os importa el desorden, podemos arreglarnos.

–Gracias, Alice. Prepararé mis cosas –Kate suspiró de alivio–. No tardaré mucho.

Rick supo que algo no iba bien en cuanto entró en casa. No le llegaba el olor de la cena, ni oía a Kate en la cocina, ni los pasos de Joey hacía él.

–¿Kate? –llamó, dejando el maletín en el vestíbulo–. ¿Joey?

No recibió respuesta. Fue a la cocina y tampoco vio a nadie.

–¿Dónde os habéis metido? –subió las escaleras con el corazón

desbocado.

La habitación de Joey estaba ordenada, como siempre. ¿Habrían ido a algún sitio con Alice? Pero siempre que lo hacían, lo avisaban. Bajó para telefonear a su madre, y se paró de golpe en la puerta del salón.

La cama de Kate había desaparecido.

Rápidamente, fue a abrir el armario del vestíbulo, donde Kate guardaba sus ropas. Lo único que había era un abrigo de Rick y la manta, cuidadosamente doblada.

¿Se habían ido?

Sin querer aceptar esa posibilidad, volvió a subir a la habitación de Joey. Todos los cajones estaban vacíos. Tampoco estaban los cepillos de dientes ni del pelo. En el baño solo permanecía el olor de las lociones de Kate.

Se habían ido. Sin decir adiós. Sin decir gracias. Sin un beso…

¿Por qué? Solo le había ofrecido un trabajo a Kate, porque ella se lo había pedido. Al menos, le había enseñado a Kate a pedir ayuda.

Pero no le había enseñado a necesitarlo. Ni tampoco a amarlo. Y nada podía herirlo más.

Por un momento pensó en llamar a su madre para preguntarle si sabía algo, pero cambió de idea. No quería decirle a nadie que Kate se había marchado. De un modo distinto a Stacy, pero también se había marchado.

Se detuvo en lo alto de las escaleras, y sintió cómo la soledad de su hogar vacío lo rodeaba de nuevo. Un lobo solitario, y herido, volvía a aullar a la luna.

Capítulo 12

Es muy tarde.

Rick levantó la vista del ordenador y vio a Chester Bradon, su socio, apoyado en la puerta.

–Son solo las diez menos veinte de la noche. Muchas veces me ha dado esta hora aquí.

–No durante las últimas seis semanas.

–¿Qué insinúas? –preguntó Rick endureciendo la mandíbula.

–Solo pensaba que tendrías cosas mejores que hacer estos días.

–Tú también estás aquí. ¿No tienes nada mejor que hacer?

–Estoy matando el tiempo hasta que el bar se anime un poco.

–¿Un jueves por la noche? Mañana es día de trabajo.

–Por eso voy a las diez en vez de a las doce.

–Que te diviertas –dijo Rick, y volvió la vista al monitor.

–¿Por qué no vienes conmigo?

–Tengo mucho trabajo.

–¿Cómo pretendes que Charlene aprenda a localizar los virus si lo haces tú por ella?

–¿Quién es el jefe aquí?

–Soy yo quien ha mantenido la empresa desde el accidente.

–Y tengo que reconocer que has hecho un buen trabajo –dijo Rick

–Vamos, vente al Fox's Lair. No puedes estar aquí siempre.

–¿Por qué no?

–Rick…

–Demonios –exclamó furioso sacando el disquete–. Está bien. Si te hace feliz, lo dejaré por esta noche, pero no tengo el menor interés en ir al bar.

–¿Qué ha pasado, Rick? ¿Qué le ha ocurrido a Kate?

Rick maldijo en voz alta. Los empleados no deberían conocer también al jefe.

–Kate se ha ido.

Esa vez fue Chester quien maldijo.

–Yo, esperaba que… –suspiró–. Qué tú y ella… Te preocupabas tanto por ella. Nunca te había visto así, ni siquiera con Stacy.

–Sí, bueno, la vida sigue.

–Lo sé, pero la pregunta es: ¿y tú?

Rick se levantó y apoyó las manos en la mesa.

–¿Quién demonios te crees que eres para…?

–Vale, de acuerdo –dijo Chester levantando las manos defensivamente–. Sé cuándo no se me necesita. Trabaja toda la noche si quieres. Te veré mañana.

Rick permaneció inmóvil hasta que oyó cerrarse la puerta principal.

Pensó por un momento en volver al trabajo, pero Chester tenía razón. Las personas aprendían más de los errores que de los aciertos. Eso significaba que el sitio donde debería estar era en casa.

Llevaba dos días quedándose a trabajar de noche porque su casa estaba llena de fantasmas.

–Acéptalo, McNeal –murmuró–. Kate se ha ido y no puedes hacer nada al respecto.

Agarró el maletín y la chaqueta y se dirigió a la puerta. Si odiaba tanto la soledad, tendría que salir a remediarlo. Tal vez pudiera enamorarse de nuevo. Kate se lo había demostrado.

Pero Kate no lo quería. Magnífico.

Se había enamorado de ella. Podía enamorarse de otra persona.

El Fox's Lair era un buen sitio para conocer mujeres…

Pero cuando llegó al Jeep, supo que no iba a ir allí. Ninguna de las mujeres que allí conociera podría compararse con Kate.

Se apoyó en la puerta del coche y cerró los ojos para evocar la imagen del beso. ¿Por qué no le dijo entonces que la amaba, aunque fuera en presencia de Joey? Él no era un cobarde. No lo fue cuando fundó Data Enterprises, ni cuando se ganó el corazón de Stacy.

Y no lo iba a ser en ese momento.

De repente, todo lo que sabía sobre Kate se arremolinó en su cabeza. Lo que Kate pedía no era exactamente una carrera. Quería ser dueña de su vida. Solo lo había sido cuanto tuvo que hacerse cargo de Joey, pero entonces Rick irrumpió en su vida y le arrebató el control. Se ofreció a hacer absolutamente todo por ella, y lo remató ofreciéndole un trabajo.

¿Cómo había sido tan estúpido? No le extrañaba que lo hubiera

abandonado.

Pero, ¿cómo podría recuperarla? ¿Le permitiría ella intentarlo?

Tenía que permitírselo. Ella era su mujer, su compañera. Para siempre jamás.

Seguramente ella también lo supiera. Él se lo había hecho entender.

Si volvía con él, podría hacer lo que quisiera. Podría quedarse en casa o trabajar, o estudiar.

Con la decisión tomada, Rick subió al Jeep y miró su reloj. Eran más de las diez.

No podría encontrar a Kate esa noche. Antes tendría que llamar a su madre y…

Demonios… No la llamaba desde hacía dos días. Tenía que estar volviéndose loca. Y, como se acostaba a las nueve y media, no podía despertarla y encontrarla furiosa.

Tendría que esperar al día siguiente.

Demonios.

–¿Ha llamado ya Rick?

Kate se paró en la puerta del salón, y escuchó la pregunta que Joey llevaba haciendo dos días sin parar. Kate no había podido decirle la verdad.

–¿Sabes lo que es una avestruz? –le preguntó pacientemente Alice.

–¿Un pájaro grande con el cuello y las patas muy largas?

–Exacto. Eres un chico muy listo, pequeño. Recuerda siempre que eres muy listo, especialmente cuando estés hablando con gente estúpida como Rick.

–¿Rick es estúpido?

–Bueno, Rick es como una avestruz. ¿Sabes lo que hacen los avestruces?

–Mmm… Ah, sí. Meten la cabeza en un agujero… o algo así.

–Exacto. Cuando un avestruz no quiere ver a alguien, esconde su cabeza en el suelo.

–¿Rick esconde la cabeza en el suelo? –Joey parecía confundido–. ¿Por eso no llama?

Kate sonrió al oír la deducción de su hijo.

–Eso es –dijo Alice, muy satisfecha de sí misma.

–¿Por qué no le dices que saque la cabeza del suelo?

–Porque hace dos días que no llama. Y si lo hiciera, le diría dónde puede meter su…

–¿Qué tal estoy? –interrumpió Kate entrando en el salón. Llevaba el traje azul de seda que Alice le había comprado para las entrevistas–. ¿Me contrataríais?

–Estás muuuuuuuuy guapa, mami.

–Oh, sí –exclamó Alice–. Te queda muy bien. ¿Tengo buen gusto o no?

–Sí que lo tienes –dijo Kate y la besó en la mejilla–. Gracias.

–A por ellos –dijo Alice haciendo un gesto con la mano.

–¿Estás segura de que puedo llevar tu coche?

–¿Cómo si no vas a ir?

–Puedo ir en taxi.

–No tengo nada que hacer esta mañana salvo quedarme a jugar con mi hombrecito –dijo Alice negando con la cabeza–. Ve y haz lo que debas hacer.

–¿Y estoy haciendo lo correcto?

–Solo tú puedes responderte, querida –dijo Alice con una sonrisa cariñosa.

–Lo sé –respiró profundamente–. Gracias, Alice –le tendió los brazos a Joey–. ¿Me das un beso de buena suerte?

Él corrió a abrazarla.

–Buena suerte, mami. ¡A por ellos!

Kate se echó a reír y se pasó la mano por el pelo.

–Haré lo que pueda, cielo.

–¿Diga?

–¿Joey? –a Rick le dio un vuelco el corazón. Kate estaba en casa de su madre, lo que era buena señal–. ¿Cómo estás, pequeño?

–¿Rick? –preguntó Joey casi gritando–. ¿Eres tú?

–Sí, soy yo. No he estado contigo para llevarte a la cama.

–Lo sé. Has estado en un agujero en el suelo.

–¿Cómo?

–La señora Alice dice que eres como un avestruz y que escondes la cabeza en un agujero.

–La señora Alice tiene razón. Pero nunca más volveré a ser un avestruz, ¿de acuerdo? Te he echado de menos, pequeño. Y a tu madre.

–Yo también. Y mami también.

–¿Está tu madre ahí?

–No.

–¿Está cuidándote la señora Alice?

–Sí. ¿Vas a venir, Rick?

–Dentro de poco, pero antes tengo que encontrar a tu madre. ¿Puedes llamar a Alice?

Rick tuvo que apartar el auricular de la oreja cuando Joey la llamó gritando.

–¿Dónde está Kate? –le preguntó a su madre antes de que ella pudiera hablar.

–¿Quién es? –preguntó ella tras una pausa.

–¿Cómo que quién soy? Soy tu hijo. Te lo ha dicho Joey.

–¿Hijo? –dijo con desdén–. Mmm… Sí, ahora que lo dices, recuerdo unos momentos dolorosos en el hospital hace treinta y tres años.

–Está bien, mamá. Siento no haber llamado. De verdad que lo siento.

–Estuve a punto de llamar a la policía.

–No, eso no es cierto. Sabes muy bien lo que ha pasado porque Kate y Joey están contigo.

–Lo único que hice fue ayudarla.

–Ayudarla… –suavizó el tono de su voz, pero solo porque estaba hablando con su madre–. ¿Cómo puedes hacerle esto a tu único hijo?

–Porque mi único hijo le ofreció un empleo a la mujer que ama en vez de un anillo. Pensé que te había enseñado más acerca del amor y de la confianza. Además, ¿quién iba a ayudarla sino su futura suegra? Porque voy a ser su suegra, ¿verdad?

–En cuanto la encuentre y le pida que vuelva conmigo. Pero para eso tienes que decirme dónde está.

–Ha ido a una entrevista de trabajo.

–¿Tan pronto? ¿Dónde?

–Al International Paper.

–Gracias, mamá. Te mantendré informada.

–No vas a ir, ¿verdad?

–Sí, señora, voy a ir. Sé dónde está la oficina de recursos humanos. ¿Se llevó tu coche?

–Sí, pero no puedes irrumpir en medio de su entrevista.

–Confía un poco en mí, ¿quieres? La esperaré en tu coche hasta que salga.

–¿Y luego qué?

–Luego voy a demostrarle que merece la pena luchar por ella.

Kate salió con el ceño fruncido del International Paper. Estaba segura de que el trabajo era suyo, a pesar del número de aspirantes.

Entonces, ¿por qué no estaba saltando de alegría?

Se paró al comienzo de las escaleras que bajaban al aparcamiento y se apoyó en la barandilla. Algo iba mal. Se sentía como si estuviera traicionando algo. A Rick.

Estar con él sin trabajo la asustaba. Pero estar sin él las asustaba aún más.

Antes de conocerlo había tenido trabajo e independencia, pero lo único feliz de su vida había sido Joey. Por lo demás, había vivido con miedo e incertidumbre.

Pero las últimas semanas con Rick…

Sonrió. Realmente había sido feliz viviendo con él, ayudándolo, esperando a que volviera del trabajo cada noche con una sonrisa y que la llamara «preciosa Kate».

¿Por qué estaba allí? ¿Por qué no corría a su oficina para decirle cuánto lo amaba?

Se apresuró hacia el coche de Alice, pero volvió a detenerse.

¿Qué pasaba con la confianza? ¿Confiaba lo suficiente en él para entregarle su vida?

Entonces se fijó en el hombre que estaba apoyado en el coche de Alice, y el corazón le dio un vuelco.

¿Lo había llevado allí el deseo de Kate? ¿O había pensado en él porque estaba allí?

Podía sentir la conexión. Los unía como una cuerda irrompible de luz.

Sintió su mirada mientras se acercaba a él lentamente. Llevaba unos vaqueros y una camisa azul de algodón que ella había lavado

varias veces. La brisa ceñía la tela a sus músculos. Kate recordaba el tacto de esa camisa, y de la piel que ocultaba…

–¿Qué haces aquí? –le preguntó ella cuando llegó a su lado.

–He venido a verte. ¿Y la entrevista?

–La entrevista… –tuvo que pensar un momento para acordarse–. Bien. Muy bien.

–¿Has aceptado el trabajo? –preguntó él apretando la mandíbula.

–No me lo han ofrecido. Tienen que entrevistar todavía a muchas personas.

–Ya veo –dijo él, y avanzó un paso.

–Aunque al señor Halsey le he gustado mucho.

–¿Y a quién no?

Aquello le llegó a Kate tan adentro, que tuvo que cerrar los ojos como defensa.

–Kate…–avanzó otro paso. La conexión parecía provocar chispas a su alrededor–. Lo siento.

El color de sus ojos era ten intenso que Kate sintió que se hundía en un mar de chocolate.

–¿Por qué?

–Por haber sido un cobarde y un idiota. Por haber vuelto al hoyo donde me escondí estos años, en vez de correr en tu busca.

–El hoyo es solitario, Rick.

–Lo sé, créeme. Lo sé demasiado bien. Pero tú apareciste en mi vida y cubriste ese hoyo. ¿Volverías a hacerlo… preciosa Kate?

Ella se quedó sin respiración. Pero no podía rendirse. Todavía quedaba algo por resolver.

–Parece como si lo hubieras hecho tú mismo.

–Solo para venir a buscarte. Si tú no me ayudas, volveré a la oscuridad y nunca más veré la luz del sol. Te necesito, Kate. Ven a vivir conmigo. Ven a cuidarme.

–A cuid… –las emociones se agolpaban en su pecho y en sus labios–. ¿A cuidarte? Pensé que querías ser tú quien cuidara de mí.

De repente se dio cuenta de que estaba tan cerca que podía sentir el calor de su piel.

–¿Podemos cuidar el uno del otro? ¿O no consiste en eso el amor?

–¿Amor? –intentó tragar saliva, pero no pudo–. ¿Tú me amas?

–Con todo mi corazón… y mi alma… y con más pasión que en toda mi vida.

–Oh, Rick… –no pudo contener una lágrima.

–Mi amor por Stacy crecía con el tiempo, y también la pasión. Pero no se puede comparar a lo que siento por ti. Es más fuerte, más intenso, más puro… Aunque no pueda estar seguro de que pueda mantenerte a mi lado.

–¿No confías en que me quede a tu lado? Yo sentía lo mismo por… –dejó escapar el aire, horrorizada–. Pero tú permaneciste siempre ahí, y fui yo quien se marchó –rompió a llorar–. Oh, Rick. ¿podrás perdonarme?

–Te perdonaría cualquier cosa… porque te amo. Cuando te marchaste, me di cuenta de lo estúpido que había sido. Pero ahora soy el hombre que quería y debía ser.

–Pero yo amo al hombre que has sido durante las últimas seis semanas –dijo ella abrazándole el cuello–. Por favor, no me digas que vas a cambiar.

Él la agarró por la cintura y la atrajo contra su cuerpo.

–Tú… ¿me amas?

–Pues claro que sí. Solo quien ama tan intensamente podría sentirse tan dolida como yo cuando me ofreciste el empleo en Data Enterprises.

–Estaba tan ocupado intentando que te quedaras conmigo, que no tuvimos tiempo para enamorarnos de verdad. O quizá eras tú la que no tuvo tiempo. Pensé que te asustaría si iba demasiado deprisa.

–Piensas demasiado –dijo ella mirando sus labios–. Lo que yo quería era tu confianza… y tu corazón.

Él vio lo que estaba mirando y la besó en los labios. El beso fue cálido, profundo prometedor.

–Mi corazón ya es tuyo –susurró él. Todo lo que tienes que hacer es tomarlo. ¿Lo harás?

–Sí –dijo ella, y lo besó de nuevo.

–¿Y lo mantendrás siempre sano y salvo?

–Y alejado del hoyo –dijo ella mordisqueándole la oreja.

–Te quiero tanto…

–Y yo a ti también.

–Vámonos a casa.

–Sí.

Mientras se volvían hacia el coche, Rick miró el edificio del que había salido Kate.

–¿Aceptarás el trabajo?

Ella negó con la cabeza.

–Voy a cuidar de ti… y de tantos hijos como quieras tener.

–Kate –sus ojos brillaban de amor, pero negó con la cabeza–, no quiero controlar tu vida. No quiero mantenerte… ¿cómo decías? Descalza, embarazada e ignorante. Eres libre de hacer lo que quieras. Quédate en casa o acepta el trabajo, pero…

–¿Sí?

–Tengo una sugerencia. Si tan importante es tener una carrera para ti, ¿por qué no vuelves a estudiar? Podemos contratar a una niñera, o que se ocupe mi madre de los niños.

–¿De verdad no te importaría? –preguntó ella mirándolo fijamente.

–Siempre que vuelvas conmigo cada noche y me des un beso cada mañana. Para siempre.

Ella amaba tanto a ese hombre tan maravilloso que sentía estar flotando.

–Ya hablaremos luego de niñeras y estudios. Antes quiero pedirte que hagas algo por mí.

–Haré lo que sea por ti.

Kate se estremeció. Eran las palabras que había querido oír toda su vida.

–¿Te casarías conmigo?

Rick se echó a reír. La agarró por la cintura y se puso a dar vueltas con ella.

–¡Pensé que nunca ibas a pedírmelo!

Epílogo

Un año después

Rick se apoyó sobre el tronco y tomó una bocanada de airé. La cálida brisa veraniega le acarició el rostro. Era como recibir un soplo de vida.

Sonrió.

–¿Qué es tan gracioso? –le preguntó dulcemente Kate.

Él bajó la vista hacia ella. Estaba tendida con la cabeza apoyada en su regazo, del mismo modo en que había estado un año antes, tras el accidente.

Pero esa vez, Kate descansaba sobre la manta que habían extendido bajo un árbol del parque. Y lo miraba llena de amor… por él.

–Nada. Me siento feliz.

–¿Feliz de que me gradúe en agosto? –dijo ella–. ¿O por el bebé?

La noche anterior le había dicho que estaba embarazada, y lo habían estado celebrando hasta el amanecer.

—Estoy feliz de que te gradúes y absolutamente extasiado de que vayas a tener un bebé –dijo él apartándole un mechón rubio de la sien. La cicatriz seguía allí, pero su aspecto mejoraba cada día–. Pero, sobre todo, estoy feliz por nosotros.

Ella sonrió con ternura y movió la cabeza para besarle la mano.

–¿Te he dicho hoy que te quiero?

–No, señora McNeal. Hoy no me lo has dicho.

–Disculpe el olvido, señor McNeal. Te quiero.

Rick le brindó una amplia sonrisa llena de gratitud, como su corazón.

–Lo sé. Me lo demuestras de muchas maneras cada día… y cada noche.

–Bueno –dijo ella echándose a reír–, por si no lo sabes, es así como me has dejado embarazada.

Él le puso una mano sobre la barriga.

–Me has hecho tan feliz. Ojalá tu sonrisa me despierte cada día.

–¿Cuántos hijos quieres? –preguntó ella apretándole la mano.

–Nunca hemos dicho un número, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

–¿Qué tal un centenar? Especialmente si todos son como Joey.

–¿Un centenar? –dijo ella, riendo–. No suena muy divertido.

–Puede que encargarlos sí que lo sea.

–Ahí me has pillado.

–¿Y dos más aparte de este? –pregunto él.

–Eso ya parece más factible. Otro niño y después una niña, para que la asusten.

Rick miró a Joey, que jugaba con otros chicos en la arena. Lo habían sacado de la escuela y se lo habían llevado a comer al McDonalds, donde le habían dado la noticia.

–No creo que Joey pueda asustar a nadie.

–Mmm… puede que tengas razón, pero nunca se sabe. Te estás encargando de echar su educación por tierra.

Él se quedó mirando su hermoso rostro.

–Gracias.

–¿Por qué? ¿Por quedarme embarazada? No lo hice yo sola.

–Gracias por haberme devuelto a la vida.

–Ha sido… –dijo ella sonriendo–, y sigue siendo… un placer.

–Hace un año creía que nunca podría amar a nadie como a Stacy. Y tenía razón.

Una sombra se cernió sobre Kate.

–Pero dijiste que… –empezó a decir, pero él le puso un dedo en los labios.

–El amor que siento por ti va mucho más allá de lo que sentía por Stacy. Es como comparar bytes con gigabytes. Ella fue mi primer amor, pero tú eres el amor de mi vida.

A Kate se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Oh, Rick, mi dulce y amado esposo. Me has hecho increíblemente feliz. Cada día que pasa, te necesito más…

El corazón de Rick se llenó con todo el amor del universo.

–Siempre estaré a tu lado. Puedes estar segura –se inclinó para besarla en los labios–. Puedes contar conmigo.

–Lo sé, amor mío –dijo pasándole una mano por el cuello para atraerlo hacia ella–. Y siempre lo sabré.